

EDICIÓN
HOMENAJE
CUENTOS
DE POLIDORO



Más y más cuentos



Presidencia
de la Nación

Ministerio de
Educación

PRESIDENTA DE LA NACIÓN

Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRO DE EDUCACIÓN

Alberto Sileoni

SECRETARIO DE EDUCACIÓN

Jaime Perczyk

JEFE DE GABINETE

Pablo Urquiza

SUBSECRETARIO DE EQUIDAD Y CALIDAD EDUCATIVA

Gabriel Brener

EDICIÓN
HOMENAJE
CUENTOS
DE POLIDORO



Más y más cuentos



Subsecretaría de Equidad
y Calidad Educativa
Ministerio de Educación
Presidencia de la Nación



PLAN NACIONAL DE LECTURA

Coordinadora Plan Nacional de Lectura

Adriana Redondo

Coordinadora editorial

Natalia Volpe

Investigación biográfica

Jéssica Presman

Silvia Pazos

Diseño

Mariel Billinghamurst

Juan Salvador de Tullio

Elizabeth Sánchez

Revisión

Silvia Pazos

Agradecemos a:

Los autores, ilustradores y sus herederos, a quienes les dedicamos esta Edición Homenaje.

Beatriz Ferro y Beatriz Doumerc, por haber avalado la iniciativa con entusiasmo.

Isol por promover este proyecto; a Judith Gociol y Pablo Medina por el asesoramiento.

Y a todos los que nos brindaron su aporte: Irene Spivacow, Miguel Spivacow, Mariana Díaz, Gabriel Barnes, Pablo Conti,

Nelda Abed, Lorenzo Amengual, María Teresa Andruetto, Lidia Blanco, Guillermo David, Laura Devetach, Susana Fitere,

Istvansch, Susana Itzcovich, Juan Lima, Ángela Ruggiero, Julia Saltzmann, Carlos Silveyra, Amanda Toubes.

ALIJA, Asociación La Nube, Argentores, Biblioteca Nacional, CEDILIJ.

La publicación de los textos e ilustraciones ha sido autorizada por sus autores y/o herederos, salvo en aquellos casos en que las búsquedas no permitieron hallar datos.

Más y más cuentos : edición homenaje a Cuentos de Polidoro / Beatriz Doumerc ... [et. al.] ; adaptado por Inés Malinow ; ilustrado por Chacha y Ruth Varsavsky. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Educación de la Nación, 2015. 144 p. : il. ; 25x19 cm. - (Homenaje Cuentos de Polidoro / Adriana Redondo; 5)

ISBN 978-950-00-1075-7

1. Fomento del Libro y la Lectura. I. Doumerc, Beatriz II. Malinow, Inés, adapt. III. Chacha, ilus. IV. Varsavsky, Ruth, ilus. CDD 372.42

Fecha de catalogación: 19/02/2015

Prólogo

Los Cuentos de Polidoro vuelven a las manos de niñas y niños, a las de sus padres, abuelos y educadores. Esta *Edición homenaje* publicada por el Ministerio de Educación de la Nación es un genuino reconocimiento a la producción innovadora en libros infantiles que desplegó el Centro Editor de América Latina.

De la mano de Boris Spivacow, junto a un entusiasta y creativo grupo de colaboradores, este proyecto editorial de vanguardia se sostuvo en nuestro país desde 1966 hasta 1995. Sus colecciones promovieron la democratización de la cultura nacional y universal a través de materiales accesibles, atractivos y de excelente calidad para todas las edades.

En esta edición de los Cuentos de Polidoro, se reúne una selección de narraciones que en varios tomos entrelaza cuentos clásicos, leyendas latinoamericanas y mitos europeos junto a las inefables historias de Don Quijote de la Mancha. Valiosos autores, adaptadores e ilustradores hicieron de cada una de ellas un encuentro con la belleza, el humor y la imaginación.

Estos libros pasan ahora a formar parte de un conjunto más amplio, conformado por los miles de títulos y millones de ejemplares que a lo largo de estos años hemos enviado a todas las escuelas de nuestra patria, para promover y afianzar la lectura de nuestros niños y jóvenes. En ese universo de palabras e imágenes que hemos puesto a disposición de nuestros docentes, estamos seguros de que ellos sin duda brillarán con luz propia en cada una de las bibliotecas escolares donde sean acogidos.

Queda, entonces, solo compartirlos y disfrutarlos.

Alberto Sileoni

Ministro de Educación

La vuelta de un Quijote

“¿Tengo que enterarme de estas cosas por los libros?”, inquiriere el rey en “El ruiseñor”, uno de los relatos que integran esta Edición Homenaje a *Cuentos de Polidoro*, la serie publicada por el Centro Editor de América Latina (CEAL), del mítico Boris Spivacow.

“¡Su Majestad no debe creer en todo lo que lee!”, le responde un servidor. Pero el monarca insiste.

El proyecto esbozado por el editor, por el diseñador Oscar Negro Díaz y por la escritora Beatriz Ferro (pasadas las 60 entregas fue reemplazada por Susana Bahamonde) se concretó en 1967, un año después de fundado el sello. Traducciones, adaptaciones y versiones libres de cuentos clásicos y libres de derechos que se hacían eco de las innovaciones –determinantes para el rumbo que tomó la literatura infantil– impulsadas por poetas como María Elena Walsh y Javier Villafañe, quienes se dirigían a chicas y chicos con inteligencia y sin didactismos. Los *polidores* explotaban el humor, la ironía, el absurdo y el desparpajo con un lenguaje directo y cotidiano, en un abanico que va desde cuentos duramente crueles a historias de inmensa poesía.

Leídas en esta reedición, algunas de estas historias pueden resultar políticamente incorrectas para los parámetros actuales: desde un padre que acompaña pasivamente el abandono de sus hijos y un chico que roba y mata a un gigante sin ser castigado, hasta relatos que se refieren a los indios y no a las culturas originarias. Un valor adicional de esta nueva publicación es poder poner en debate las concepciones culturales de entonces y de ahora.

El mayor impacto lo causaba –y todavía lo causa– el tratamiento gráfico de la serie: bellas y variadas técnicas pictóricas y de diseño que sorprendían, desconcertaban y provocaban a los chicos, en un momento en que las ilustraciones estaban más bien relegadas a una función de paratextos. Aquí las imágenes no acompañan a las palabras sino que posibilitan una lectura independiente. Los *polidores* fueron ilustrados por dibujantes sabiamente detectados, que por esos años publicaban sus primeros trabajos y luego fueron reconocidos artistas.

Con esta serie, además, el Centro Editor probó la venta semanal en quioscos,

un sistema que resultó un éxito sin precedentes y se volvió una marca de fábrica, junto a otra gran innovación: la publicación de materiales en fascículos. Pero sin duda, lo más revolucionario del proyecto de Spivacow fue la combinación entre precio, cantidad y calidad. El editor sostenía que un libro debía costar “el equivalente a un kilo de pan”. Y no hay nada más sabiamente subversivo –en el mejor sentido de la palabra– que relacionar estos dos alimentos básicos.

El CEAL llegó a lanzar unos 5.000 títulos en más de 70 colecciones y, aún desde el ámbito privado, resultó la propuesta *pública* de promoción de la lectura de mayor envergadura que tuvo este país. Por eso, que esta nueva publicación parta de un ámbito oficial es una señal digna de destacar.

Los 80 relatos que componen los *Cuentos de Polidoro* tuvieron por lo menos tres ediciones realizadas por el propio Centro (1967/1977/1985) y luego compilaciones en tapa dura como *El mundo encantado de los cuentacuentos*, *Cuentos para niños* y *Los hermosos libros*, algunas de las cuales se vendían a crédito. Varios títulos de la serie fueron reeditados en México –en convenio con la Secretaría de Educación Pública– y también aparecieron en Bolivia en una tirada especial de la Secretaría Nacional de Educación. Prueba de que se trataba de un material de avanzada es que cada una de esas veces suscitó un gran interés.

Los tomos que ahora se presentan no incluyen el contenido total de los fascículos lanzados a partir de 1967, sino una selección reagrupada, basada –quizás– más en la potencia gráfica que en los contenidos de los relatos.

En la versión original, el último libro publicado es *La vuelta de Don Quijote*, un bello canto de amor a la literatura. Que esta colección empiece con esa misma historia es, además, otro gesto de reconocimiento a Spivacow, considerado por muchos un Quijote: un editor voraz, soñador y empedernido que, como el monarca de “El ruiseñor”, encontró en los libros la verdad.

Judith Gociol

Periodista e investigadora de temas culturales

Tesoro recobrado

Durante los últimos años, con varias personas y en algunos artículos hablé de mis ansias por ver publicada una reedición de los Cuentos de Polidoro, que hasta hoy eran libros de culto para algunos memoriosos. Conversamos en distintas oportunidades con Beatriz Ferro, que agradeció y se interesó mucho por la iniciativa. También se entusiasmó Beatriz Doumerc (escritora y esposa de Ajax Barnes). Lamentablemente no pudieron ver este proyecto concretado. Es raro lo que sucede con los libros que uno ama, y más con los que acompañaron en la infancia. Son parte de la familia, serán personajes de nuestros sueños para siempre.

Me emociona pensar que esta edición es un homenaje, un agradecer. A todos esos escritores y dibujantes les agradezco el hecho de no haber mezquinado la emoción y la búsqueda en el trabajo a realizar, sin prejuicios acerca de su público infantil, con respeto por el lector y por su propia creación, poniendo toda la carne al asador en lo que hacían. Contagian libertad. Y por suerte no me habían vacunado contra eso.

Ilustradores como Sábat, Ajax Barnes, Napoleón, Grillo, Alba Ponce y otros de los que participaron en esta colección hicieron unos dibujos que se quedaron a vivir en mi retina, casi como un criterio estético. Sus imágenes constituyen mi folclore como ilustradora, una mirada que me influyó y me sedujo de niña con la lectura de esas fascinantes historias. Y siguen siendo apetitosas al paladar contemporáneo como si fueran manzanas frescas... Cuando muestro estas obras en el exterior se quedan con la boca abierta por su potencia y libertad estética.

El hecho de que vuelvan para nuevas generaciones de argentinos es riqueza cultural recobrada, y siento mucho orgullo de esta herencia. Una alegría, además, que se distribuyan en escuelas y bibliotecas de todo el país. No se me hubiera ocurrido un plan mejor ni un homenaje más lindo.

¡Ahora, a disfrutar!

Isol

Ilustradora

Participan de esta colección

Quiénes escriben



Hans Cristian Andersen

Dinamarca, 1805-1875. Publicó poesía, teatro, novelas y libros de viaje, aunque se popularizó por los cuentos de hadas. Entre sus más de 150 relatos, se encuentran *El patito feo*, *El soldadito de plomo*, *La Sirenita*, *El ruiseñor* y *El traje nuevo del emperador*. Ha sido traducido a más de 80 idiomas y sus cuentos fueron adaptados a ballet, cine, teatro y obras plásticas.



Charles Perrault

Francia, 1628-1703. Trabajó como funcionario y compuso muchas loas al rey Luis XIV. Recién a los 55 años publicó *Historias o cuentos del pasado*, más conocido como *Cuentos de mamá Oca*, primera edición escrita de, entre otros, *Caperucita Roja*. Se trata de uno de los primeros trabajos de recopilación de las historias de tradición oral. A cada relato, Perrault le agregó sobre el final una sentencia o enseñanza moral.



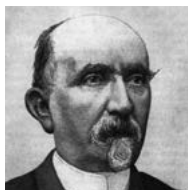
Jakob Grimm y Wilhelm Grimm

Alemania, 1785-1863 y 1786-1859. Tras egresar de la Universidad de Marburgo, se dedicaron al estudio de la lengua, tanto desde la investigación como desde la docencia. Su gran interés por los cuentos folclóricos se concretó en la publicación de *Cuentos para la infancia y el hogar* (1812 y 1815), una recopilación en dos volúmenes de antiguos relatos de tradición oral adaptados para niñas y niños, como *Cenicienta*, *Rapunzel*, entre otros.



Miguel de Cervantes Saavedra

España, 1547-1616. Poeta y dramaturgo, es considerado el gran representante de la lengua española y uno de los padres de la novela moderna. En 1605 publicó *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* y diez años después su continuación, *El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*. Las andanzas del hidalgo y su compañero Sancho Panza parodian los relatos de caballería y se convirtieron en un éxito inmediato. Hasta hoy, es el libro más traducido y editado de la historia, solo superado por la *Biblia*.



Carlo Collodi

Italia, 1826-1890. Periodista y autor, escribió novelas y comedias, e ingresó a la literatura infantil en 1875 con *Racconti delle fate*, una traducción de los cuentos de hadas en francés de Charles Perrault. En 1880 comenzó a publicar por entregas *Storia di un burattino* (Historia de un títere) también llamado *Bambinino*, que salía semanalmente en *Il Giornale dei Bambini* (el primer periódico italiano para niños). Esa serie integrará luego *Las aventuras de Pinocho*.

Quiénes cuentan



Horacio Clemente

Argentina, 1930.

Escritor, periodista, fotógrafo; historietista de *Misterix* y *Rayo rojo*. Sus cuentos para chicos se publicaron en diarios y revistas infantiles, como *Humi* y en muchas editoriales. En el CEAL escribió para Cuentos de Polidoro, adaptando relatos de *Las mil y una noches*; también participó de la colección Libros del Quirquincho bajo la dirección de Graciela Montes.



Neli Garrido de Rodríguez

Argentina, 1942.

Escritora. Fue titiritera, docente y periodista en diversos medios. Su obra fue distinguida, entre otros, por la SADE (*Leyendas argentinas*) y por la Cámara Argentina de Publicaciones (*100 Cuentos*). Para la colección Cuentos de Polidoro escribió *El príncipe que perdió la risa*, *El bada Globo Azul*, entre otros.



Beatriz Doumerc

(Beatriz Barnes)

Argentina, 1929-2014.

Escritora, formada en Bellas Artes. En colaboración con su marido, el ilustrador Ajax Barnes, publicó decenas de libros, principalmente dirigidos a chicas y chicos.

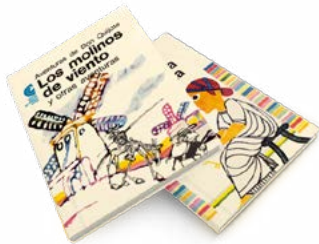
En el CEAL escribió para la colección Los cuentos del Chiribitil: *Vuela, Mariquita* y *Tatarafábulas*; para la colección El mundo encantado de los cuentacuentos; y para la colección los Cuentos de Polidoro: *La cigarra y la hormiga*, *El rey y el leopardo*, entre otros.



Beatriz Ferro

Argentina, s/d-2012.

Escritora, periodista e ilustradora, fue precursora en la edición de libros para la infancia. En Editorial Abril, dirigida por Boris Spivacow, escribió para las colecciones Bolsillitos y Gatito, junto a Héctor Oesterheld (con el seudónimo de Héctor Puyol), Inés Malinow, Pedro Orgambide. Ideó, dirigió y redactó los fascículos de la enciclopedia *El Quillet de los niños*, con ilustraciones de Oski, Enrique Breccia, Ajax Barnes y el diseño de Oscar Negro Díaz. Junto a María Elena Walsh elaboró la *Enciclopedia Veo Veo*, de Editorial Hyspamérica. Estuvo a cargo de las colecciones infantiles de Eudeba y el CEAL, donde dirigió las míticas colecciones del Chiribitil y Cuentos de Polidoro. Fue candidata al premio Hans Christian Andersen en 2008.



Cristina Gudiño Kieffer

Argentina, 1946.

Vive en Buenos Aires. Es autora de cuentos para chicas y chicos y colaboró en la redacción de enciclopedias infantiles. Sus relatos fueron publicados en la Argentina, España y México. En el CEAL, para la colección Cuentos de Polidoro, adaptó y escribió: *La tierra ya está hecha, Teseo y el Minotauro, Pandora, Las aventuras de Ulises, La flecha mágica*, y la serie de *Don Quijote*, entre otros.



Inés Malinow

Argentina, s/d.

Escritora. Estudió Letras, dictó talleres de escritura, publicó poesía y narrativa. Cuenta con una vasta trayectoria en el ámbito infantil. Para la colección Bolsillitos de la Editorial Abril, creó las series Cucucito, Escamita, Inosito y Pepe Bolsillitos. En el CEAL escribió para la colección Cuentos de Polidoro: *Pinocho en el país de los juguetes; Pinocho y la ballena; Pinocho, el gato y la zorra*, entre otros.



Aurelio Queirolo

s/d. Escritor.

En el CEAL escribió para la colección Cuentos de Polidoro: *El cumpleaños de la Tía Emilia, El elefante triste, El ratón azul, La rebelión de Marfisa* y *El arroyo cantarín*.



Beatriz Mosquera

Argentina, 1940. Vive en Buenos Aires. Escribió para la infancia: *Los cuentos del abuelo; Rulo y Pelusa; Hermanitos*; y también en la Colección Polidoro. Sus libros de lectura se publicaron en la Argentina, Perú y Venezuela. Luego se dedicó a la escritura teatral (*El llamado; La luna en la taza; La irredenta; Violeta Parra y sus voces*) y a la narrativa (*Nadie tiene por qué saberlo*, entre otros).



Yalí (Amelia J. Foresto de Segovia)

Argentina, s/d.

Autora de cuentos para chicas y chicos, publicó *Cuentos infantiles*. Escribió y adaptó muchos relatos que integraron la colección Cuentos de Polidoro del CEAL: *Brita y las normas, El atado de heno, El duende de la granja, En el país de los gigantes, La pajarita de papel*, entre otros.

Quiénes ilustran

Agi

(Magdalena Agnes Lamm)

Hungría, 1914-1996. Estudió dibujo, pintura, escultura y diseño de modas en Viena. Emigró a la Argentina en 1940. Fue premiada en el Festival Infantil Internacional, por las ilustraciones de una versión en italiano de *La Sirenita*. En Editorial Abril, participó en la colección Bolsillitos y el Diario de mi amiga. Fue muy reconocida también por sus artesanías, muñecas y tapices inspirados en el arte de pueblos originarios del noroeste argentino.



Chacha

(Sara Amanda Conti)

Argentina, s/d-1984. Hermana mayor del historietista Oski. Artista plástica, ilustró cuentos para varias colecciones, entre otras: Bolsillitos y Gatito en Editorial Abril. En el CEAL: Los cuentos del Chiribitil, donde dibujó *Los zapatos voladores*, de Margarita Belgrano; *Viaje al País de los Cuentos*, de Graciela Melgarejo; *Chavukú*, de Sofía Laski. También ilustró para la colección Cuentos de Polidoro: *En el país de los gigantes*, *Brita y las nornas*, *El espíritu del bosque*, *El atado de heno*, entre otros.



Ayax Barnes

Argentina, 1926-1993. Dibujante e ilustrador. Si bien la mayor parte de su tarea se concentró en libros infantiles, elaboró también afiches, papelería, envases y arte de discos. Trabajó en dos colecciones fundantes de la literatura infantil de América Latina: Cuentos de Polidoro y Los Cuentos de Chiribitil, y en la enciclopedia *El Quillet de los niños*, dirigida por Beatriz Ferro. Junto a su compañera, la escritora Beatriz Doumerc, publicó más de veinticinco obras, entre ellas *La línea*, que recibió el premio Casa de las Américas en 1975. Creó, junto a Beatriz Ferro y Oscar Díaz, el logo del elefante para la colección del CEAL.

Ignacio Corbalán

Argentina, 1931-1999. Artista plástico y fotógrafo. Se formó en el taller de Demetrio Urruchúa y luego en fotografía y diseño. Realizó producciones fotográficas para diversas editoriales. En el CEAL, tanto en los libros infantiles como en las colecciones para adultos, hizo innumerables fotografías y portadas, como la serie Encuentro; y la colección Mi país, tu país; entre otras. Fue coautor, junto a Fermín Chávez y María Inés Duke, de muchos ejemplares de la serie La Historia Popular: Vida y milagros de nuestro pueblo.

Amalia Cernadas

Argentina, 1939. Vive en Buenos Aires. Se dedicó intensamente a la literatura infantil como ilustradora. En el CEAL fue editora de arte y también dibujó algunos libros de la colección Cuentos de Polidoro: *Los dioses campeones*, *La selva del Yastí-Yateré*, *El árbol de la luna*, *El cuento de la noche*, entre otros.

Gioia Fiorentino

s/d. Ilustradora, artista y escenógrafa. En el CEAL ilustró para la colección Cuentos de Polidoro: *El cumpleaños de la Tía Emilia*, *El elefante triste*, *El ratón azul*, *La rebelión de Marfisa* y *El arroyo cantarín*, entre otros.





Marta Gaspar

Argentina, 1938. Desde mediados de los 70 vive en Europa. Artista plástica, comenzó a pintar siendo muy joven; su primera muestra fue en 1963 en Rosario. Realizó exposiciones en Nueva York, y ciudades de Italia y Francia; con su marido Napoleón (Antonio Mongiello Ricci) expuso *Mon cirque à moi*, en París en marzo de 2012. En el CEAL ilustró para la colección Cuentos de Polidoro: *La cigarra y la hormiga*, *La zorra y las uvas*, *El rey y el leopardo*, entre otros.

Alba Ponce

Argentina, s/d. Grabadora. Entre otros, ilustradora de: *Poemas para niños*, de Elsa Bornemann, de la Colección Pétalos; *Poesía infantil. Estudio y antología*; y en el CEAL, para la colección Cuentos de Polidoro: *El hada Globo Azul*, *El príncipe que perdió la risa*, *Menique*, entre otros.



Oscar Grillo

Argentina, 1943. Vive en Londres. Artista plástico, ilustrador y dibujante de historietas. Estudió en la entonces vanguardista Escuela Panamericana de Arte y publicó por primera vez en la revista *Tía Vicenta*. Realizó ilustración editorial, publicidad y cine. Desde fines de los 60 trabaja en animación; junto a Ted Rockley fundó Klacto Animations donde produjo cortometrajes y comerciales; colaboró en televisión (*Popeye*) y participó en superproducciones como *Toy Story* y *Men in Black*.

Hermenegildo Sábat

Uruguay, 1933. Vive en Buenos Aires. Artista plástico, docente, caricaturista. publicó libros de pintura, música, literatura, actualidad argentina e internacional, y realizó numerosas exposiciones. Su trayectoria ha sido distinguida con importantes premios, entre ellos Personalidad Emérita de la Cultura Argentina; el María Moors Cabot al periodismo, de la Universidad de Columbia, Nueva York; el Premio Nacional Pedro Figari de Pintura, en Uruguay; y Premio Homenaje de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano dirigida por Gabriel García Márquez.

Napoleón

(Antonio Mongiello Ricci)

Argentina, 1942. Vive en Francia. Artista plástico y dibujante. Comenzó a publicar a fines de los 50 en *Tía Vicenta* y más tarde en *Leoplán*, *Adán*, *Noticias*, *Satiricón*. Radicado desde 1976 en Europa –donde cambió su seudónimo por Napo–, desarrolló una intensa actividad como humorista e ilustrador en importantes editoriales y publicaciones en Francia, Alemania, España e Italia. Además, realizó exposiciones individuales y colectivas en diversos países europeos y Estados Unidos.



Ruth Varsavsky

Argentina, 1921-2011. Estudió en la escuela Manuel Belgrano y en la Prilidiano Pueyrredón; después, unos años en el taller de escultura de Cecilia Marcovich, donde conoció a su marido, Oscar Conti, Oski. La pareja compartió la pasión por el arte con sus grandes amigos León Ferrari y su mujer Alicia. En Editorial Abril trabajó para las colecciones Bolsillitos y Gatito. En el CEAL ilustró para la colección Cuentos de Polidoro: *La pajarita de papel*; *Las alas de Bolita*, entre otros. Dibujó también el libro *Zoo loco*, de María Elena Walsh.



Ulderico y el Rey

LEYENDA EUROPEA

Adaptada por: Yalí

Ilustrada por: Chacha



Ulderico era escudero del rey Guntrán.

Ulderico solo tenía once años, pero acompañaba al rey a cazar ciervos y jabalíes. También lo acompañaba cuando el rey salía a recorrer su reinado, que empezaba en las altas montañas, atravesaba bosques y bosques y terminaba en el mar.

Una vez Ulderico y el rey, andando y andando por las montañas, llegaron a un lugar desconocido. Era un valle sombreado por árboles muy altos, donde ni un solo pájaro cantaba. Las hojas estaban quietas, y tan grande era el silencio, que el rey, de pronto, sintió que un pesado sueño lo invadía. Tuvo que tenderse en el suelo, entre las viejas raíces, y allí se durmió. Aparte de una ardilla que curioseaba entre las ramas, nada se movía en el valle. Ulderico, muy quieto, vigilaba el sueño de su rey.

De pronto, el niño vio salir de entre las barbas del rey Guntrán a un ser diminuto, con un traje de vivos colores, igual en todo al traje del rey. Ulderico, muy despacio, se acercó para ver mejor y entonces descubrió que quien llevaba traje de rey era solo una hormiga que caminaba muy derecha sobre dos de sus patitas oscuras.

La hormiga dejó la barba del rey y echó a andar sobre el musgo. Ulderico la siguió y así pasaron bajo un roble y bajo otro roble más y llegaron a un lugar donde un hilo de agua corría entre las piedras. Allí, frente al arroyuelo, la hormiga vestida de rey se detuvo, y Ulderico comprendió que ella nunca podría cruzarlo sin su ayuda.

Entonces sacó su espada y la colocó sobre el agua, uniendo orilla con orilla. Y caminando por la espada, como por un puente, pasó la hormiga al otro lado, sin mojarse su traje de colores.



Trepano por las rocas, andando entre las hierbas,
caminaron largo rato, Ulderico detrás y la hormiga adelante,
siempre derecha sobre sus dos patitas.
Y en el valle nada se movía, ni una flor, ni una hoja, como si
todo estuviera encantado.



Inesperadamente, una gruesa rama se quebró cayendo hacia la hormiga.

Ulderico alcanzó a interponer su brazo, y por muy poco libró a la hormiga de morir aplastada. Pero la hormiga, sin asustarse, seguía adelante, andando y andando, con su traje de rey.



Y Ulderico, asombrado, no podía dejar de mirarla.

Y anduvieron un poco más.

De pronto, de entre las ramas quietas, salió un pájaro rojo que parecía fuego. Y se abalanzó sobre la hormiga para devorarla.

Ulderico se inclinó con rapidez, levantó una piedra y la arrojó al pájaro, que huyó asustado. Pero la hormiga no se asustó, siguió su camino entre los árboles altos, y al fin se detuvo frente a una cueva.





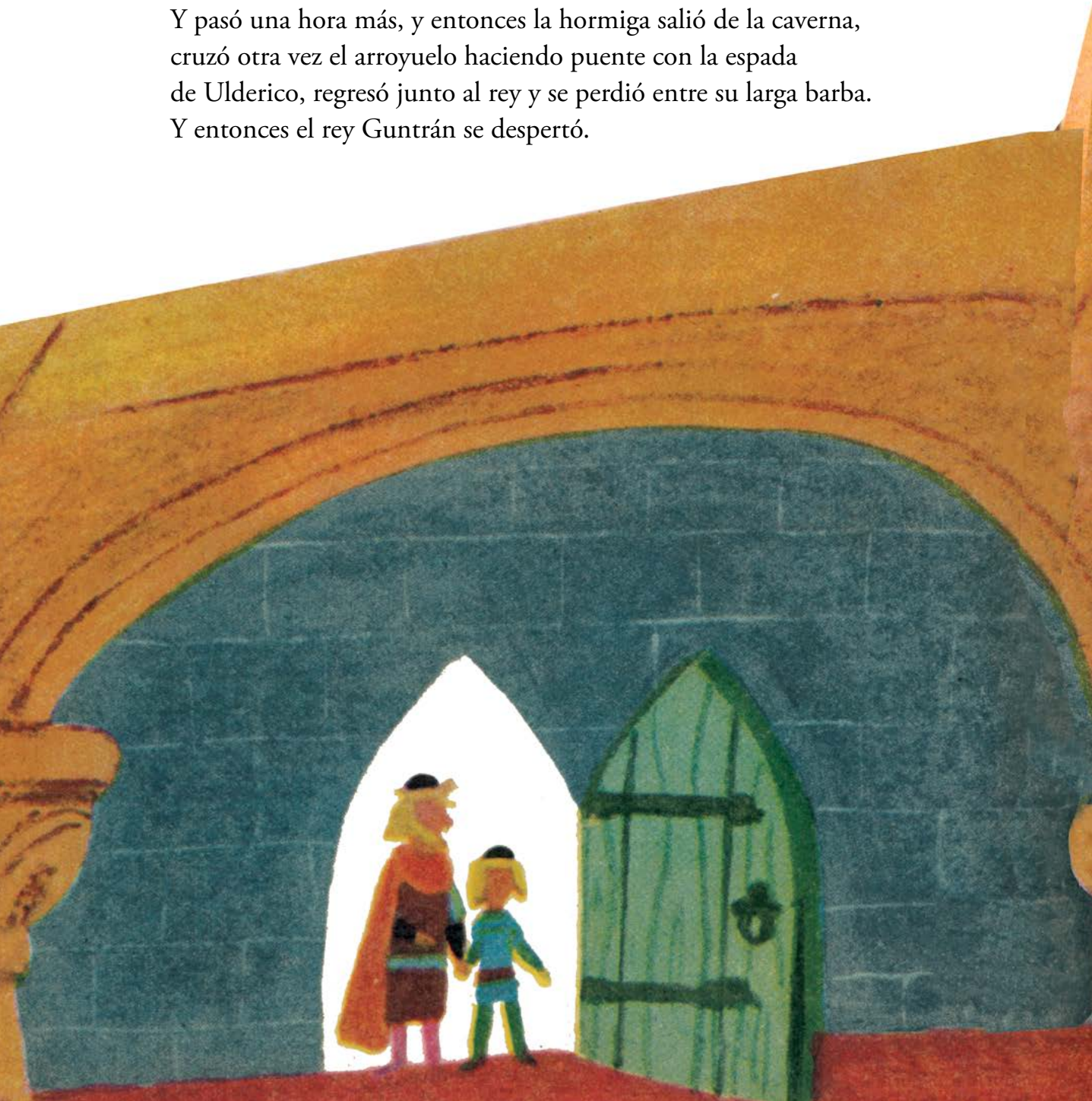


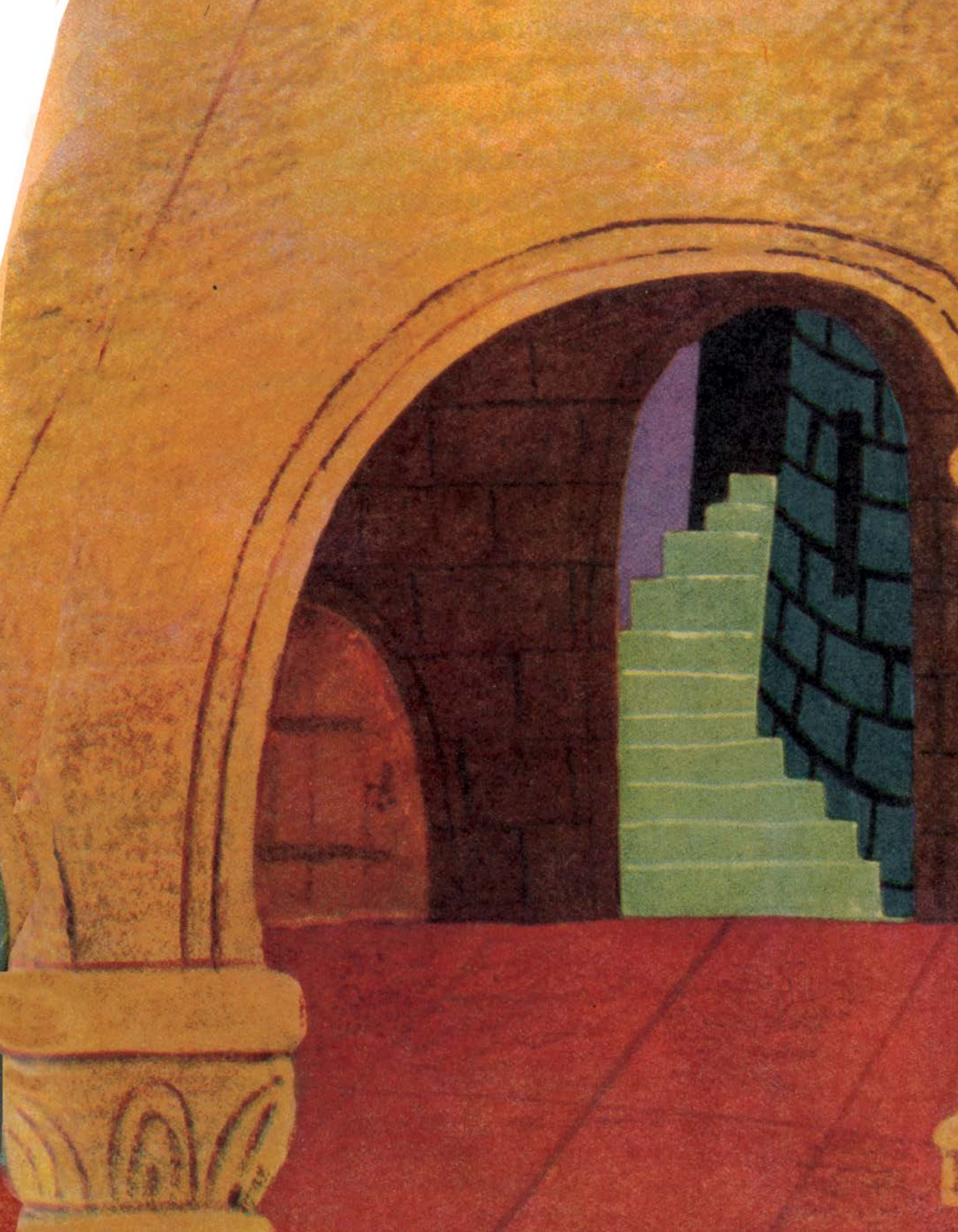
Una roca blanca cerraba la entrada y Uiderico vio que el animalito no podría pasar. Entonces, con su pie, separó la roca y así la hormiga se metió en la caverna y se perdió en la oscuridad, con su traje de vivos colores, igual al traje del rey.



Pasó una hora y pasaron dos, y la hormiga no regresaba. Un poco más allá, entre los árboles, el rey Guntrán seguía durmiendo.

Y pasó una hora más, y entonces la hormiga salió de la caverna, cruzó otra vez el arroyuelo haciendo puente con la espada de Ulderico, regresó junto al rey y se perdió entre su larga barba. Y entonces el rey Guntrán se despertó.





–Ulderico –dijo el rey al niño–, he tenido un sueño muy extraño, y te lo contaré.

Y el rey le contó su sueño. Y dijo:

–Soñé que era una hormiga, aunque vestía mi traje de rey. Soñé que iba por un lugar desconocido. Y así llegué a un gran río que no podía cruzar. Entonces tú, Ulderico, tendiste entre las dos orillas tu espada y la espada se convirtió en un puente de hierro, como no hay en mi reino otro igual.

Ulderico escuchaba. El rey dijo después:

–Y crucé el puente y seguí mi camino; penetré en una selva, y un árbol gigante se desprendió del suelo y caminando sobre sus raíces vino hacia mí. Iba a matarme, cuando tú, Ulderico,



lo atajaste con tus brazos y salvaste mi vida. Seguí andando y andando por la selva y entonces, sobre una nube de fuego, apareció un dragón que abrió su boca inmensa y ya me iba a devorar, cuando tú, Ulderico, le arrojaste un guijarro del suelo. El guijarro se volvió una montaña y la montaña cayó sobre el dragón y lo mató.

El rey Guntrán hizo una pausa para recordar mejor, y continuó el relato de su extraño sueño.

–Después soñé que me encontraba frente a un castillo cuyas puertas estaban encantadas y no se podían abrir. Tú, Ulderico, las golpeaste con el pie, las puertas se abrieron y pude pasar. Dentro del castillo no había soldados de guardia, ni servidores.



Tampoco sus dueños estaban allí. Ningún ser humano se movía en sus patios, ni en sus salones. Pero en todos lados se amontonaban cofres llenos de oro, cajas con perlas y diamantes y bolsas llenas de monedas...

–Mi señor –dijo Ulderico, hablando por primera vez–, tú no dormías. Es verdad que te volviste una hormiga vestida con tu traje de rey. Yo te vi salir de tu propia barba y tendí mi espada para que pudieras cruzar el arroyuelo.

Y agregó:

–No, no dormías. Con mi brazo te defendí de la rama que te quería matar y con un guijarro ahuyenté al pájaro rojo que pretendía devorarte. No dormías. Yo moví con mi pie la roca blanca para que entraras en la caverna que está más allá de los robles.

–Si no he dormido –dijo el rey abrazando a Ulderico–, tú me has ayudado y me has salvado la vida.

Ulderico y el rey corrieron a la caverna donde este había penetrado convertido en hormiga. La roca blanca cerraba de nuevo la entrada, y era mucho mayor. Cuando el rey y el niño la empujaron y pudieron echarla a un lado, descubrieron con sorpresa, no la entrada a una caverna oscura, sino la puerta de un castillo oculto en medio de la montaña.

Sala tras sala, patio tras patio, recorrieron Ulderico y el rey Guntrán el castillo desierto. No encontraron a nadie, pero en el último salón, junto al trono vacío, descubrieron los cofres llenos de oro, las cajas con perlas y diamantes y las bolsas repletas de monedas. Era eso lo que había visto el rey



Guntrán mientras creía que soñaba.
Muchos días tardaron los servidores del rey en transportar el tesoro a través del bosque, sobre una hilera de caballos blancos que iban y venían, cargando el contenido de los cofres y las bolsas en sus alforjas.
El rey Guntrán jamás quiso separarse de Ulderico –que lo había ayudado y defendido cuando era una hormiga– y juntos pasaron muchas aventuras en las montañas, los bosques y el mar, hasta donde llegaba el reino del rey Guntrán.



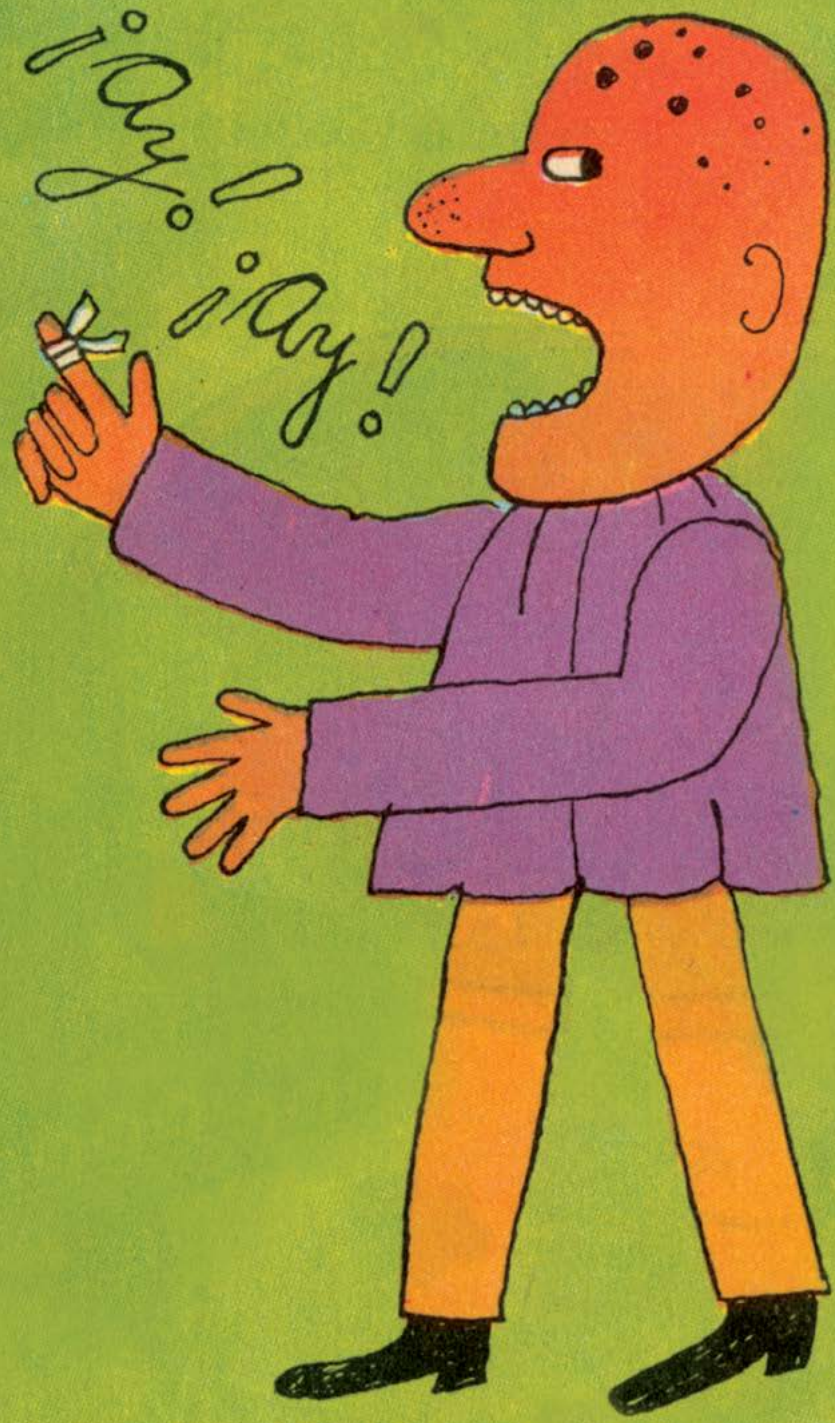


El carretero y Atlas

Narrado por: Beatriz Barnes

Ilustrado por: Marta Gaspar

¡ay! ¡ay! ¡ay!





Había una vez un campesino que se llamaba Juan. Era un hombre muy bueno, pero un poco distraído y muy protestón. Si una mosca lo picaba, Juan protestaba como si un elefante le hubiera pisado un pie; si tropezaba con una piedrecita en el camino, refunfuñaba como si hubiera chocado con un buzón. Lo llamaban Juan Regaña.

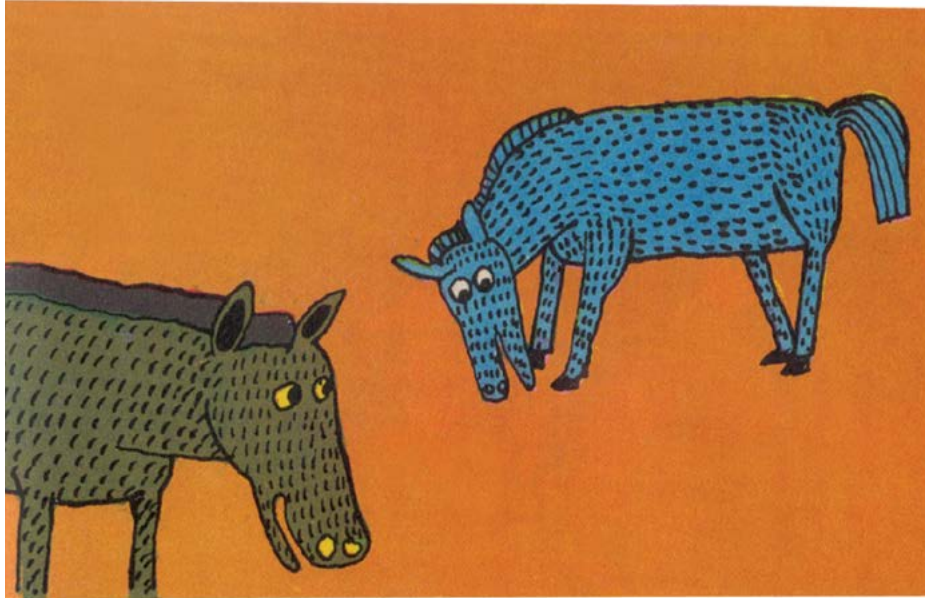
Juan Regaña tenía una carreta, y con su carreta iba a todas partes. Si cosechaba papas, en la carreta las llevaba al mercado. Cuando necesitaba leña, al bosque iba con su carreta a buscar los leños. Y cuando el trigo maduraba, cargaba Juan en su carreta las gavillas doradas y las llevaba al molino. Claro que siempre le ocurría algo. Algo que a los otros campesinos nunca les ocurría.

Entonces Juan apretaba los puños y saltaba hasta el techo, bajaba y volvía a saltar. Protestaba todo lo que podía, y tan fuerte, que los vecinos decían:

–¡Ahí está otra vez regañando, Juan Regaña!

Un día cargó la carreta con leña, se puso el sombrero hasta las orejas, subió y tomó las riendas, diciendo:





—¡Ale, ale, caballos!

Pero la carreta no se movió. Juan apretó los puños, tiró el sombrero al suelo, y vio entonces que los caballos comían muy tranquilos en el prado. ¡Se había olvidado de engancharlos al carro!

Otro día sacó una rueda y la limpió hasta dejarla reluciente. Después subió a la carreta e intentó hacerla marchar, pero la carreta no se movió. Juan protestó y regañó, hasta que vio la rueda sobre el pasto. ¡Claro, se había olvidado de colocarla!

Así iban las cosas hasta que un día Juan cargó la carreta con heno y salió rumbo al pueblo. La carreta estaba completa y los caballos enganchados a la carreta. Era una mañana preciosa



y Juan se encontraba de muy buen humor. Bueno, no tanto como muy bueno, pero sí bastante bueno, tratándose de Juan Regaña.

Mientras iba en su carreta, disfrutaba del canto de los pájaros y de las encinas movidas por el viento. En el camino se cruzó con el panadero, con el pastor y con el lechero, que estaban haciendo su trabajo, y a todos los saludó amablemente.

Al rato de marchar y marchar llegó a cierto punto del camino donde, al pasar al lado del gran roble, se le atascó la carreta.

Juan estaba de buen humor... y no protestó.

Bajó, miró la carreta por todos lados, habló en voz baja con los caballos, y volvió a subirse a la carreta. Pero la carreta no se movió.

Entonces Juan tiró su sombrero, que salió volando, y junto con el sombrero voló el buen humor de Juan Regaña.

Dijo y gritó tantas maldiciones, que mejor será no reproducirlas aquí. Llenaríamos como tres páginas y media y resultaría muy aburrido leer tres páginas y media de las maldiciones de Juan Regaña.

Pero, aparte de maldecir, Juan se acordaba de Atlas, un dios muy forzado y grandote que hace muchísimos millones de años dicen que llevó un mundo entero sobre sus hombros.

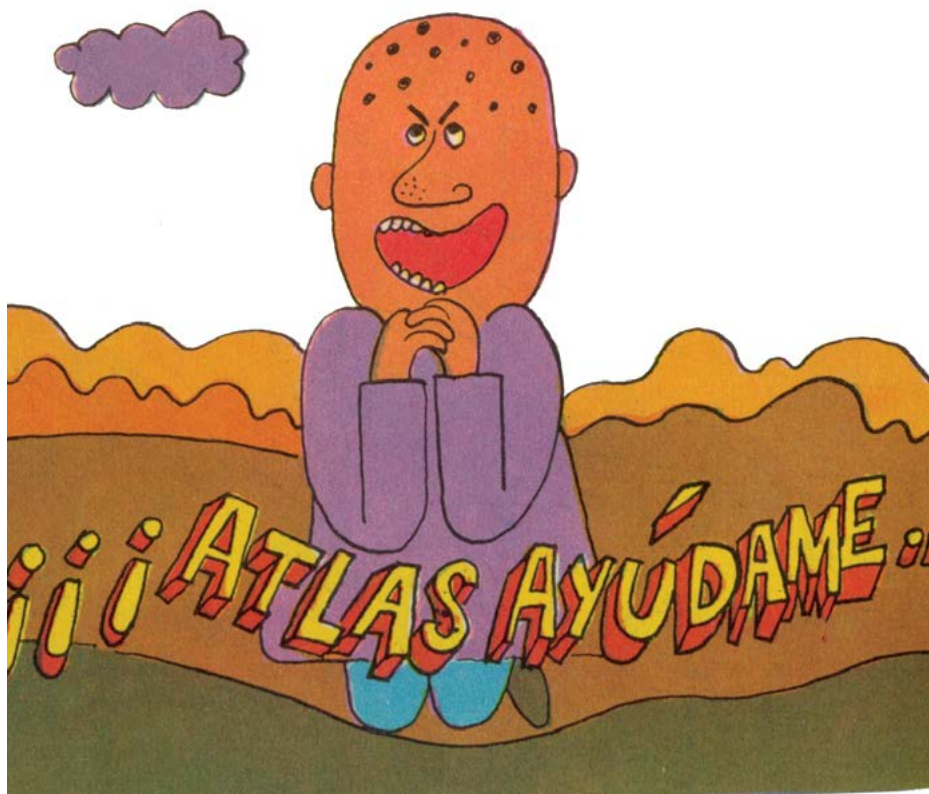




–¡ATLAS! –gritaba Juan Regaña–. ¡Tú, que tienes tanta fuerza y una vez llevaste un mundo sobre tus hombros, bien puedes ayudarme a sacar la carreta de este atolladero!

–¡Atlas, ayúdame porque ya estoy perdiendo toda la mucha, muchísima paciencia que tengo!

Durante dos horas y media Juan gritó tanto y tan fuerte, que a pesar de que Atlas no levanta más mundos y hace



montones de años que anda volando por ahí, muy tranquilo, oyó las protestas y las súplicas de Juan Regaña atascado en el camino.

Entonces se fue para abajo volando y se sentó en el gran roble.

–¡Atlas! –seguía llamando Juan Regaña.

–¿Para qué gritas tanto, si te estoy oyendo? –dijo Atlas.

–¡ATLAS! –seguía gritando Juan, tan fuerte y con tanta rabia, que no veía nada de nada–. ¡Maldición de las maldiciones malditas! –tronaba y vociferaba Juan, dando saltos y brincos de rabia.

Y de pronto, en un salto de aquellos, dio con la cabeza en la copa del gran roble y vio allí a Atlas sentado. A pesar de que hacía más de dos horas y media que llamaba y gritaba, se sorprendió tanto de verlo, que cayó sentado y no se levantó.

–¿Qué te ocurre? –le preguntó Atlas.

–¿No ves lo que me está ocurriendo? –replicó Juan Regaña.

–Lo que veo es que no pasas de ese roble y hace rato que estás ahí vociferando.

–¿Cómo voy a pasarlo, si eso es lo que me ocurre, que se me atascó la carreta y no va ni para atrás ni para adelante?

–¿Has probado otra cosa que no sea gritar y maldecir? –preguntó Atlas.

Pero ya Juan no lo oía. Clamaba, saltaba, gritaba:

–¡Tú, Atlas, solo tú, puedes ayudarme!

–¿Yo? –dijo Atlas–. Si fuera para levantar un mundo, todavía. Pero de carretas entiendes tú, que eres carretero. ¿Por qué no tienes calma y miras bien? La rueda está llena de barro, límpiala, por lo pronto, Juan.

Y Juan limpió la rueda de prisa.

–Hay una piedra muy grande. Toma, pues, el pico y pícala, Juan.

Y Juan picó la piedra, ¡bien picadita!

–Hay un pozo, cúbrelo de tierra.



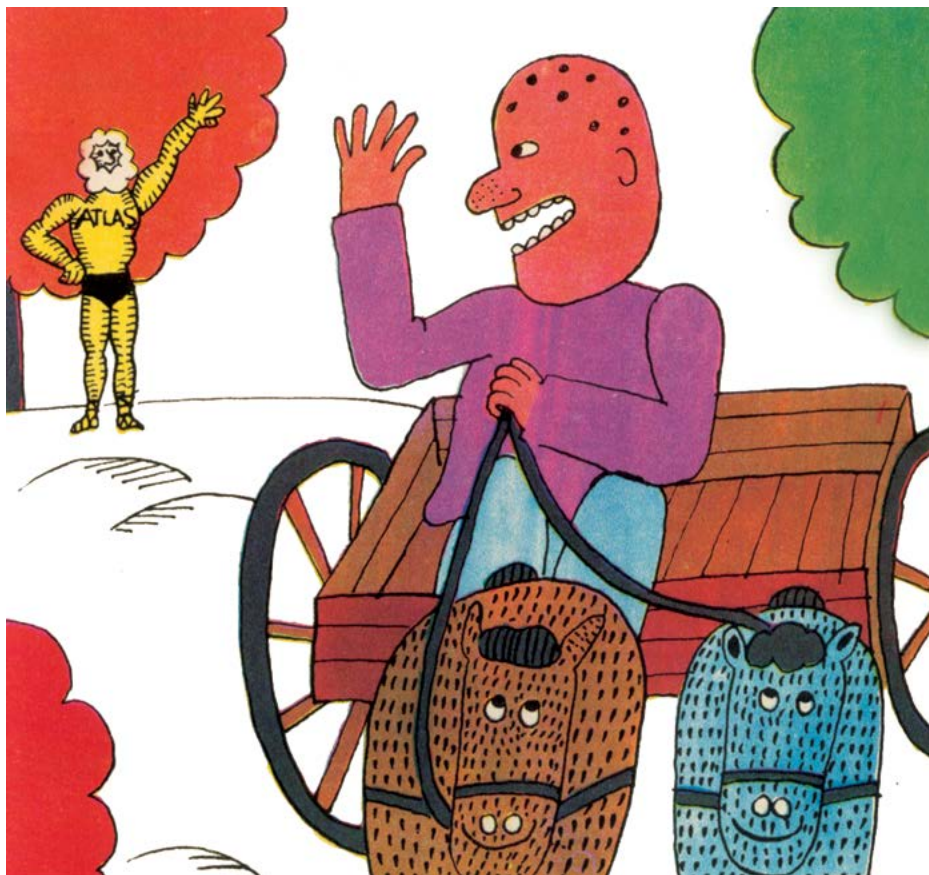
Y Juan lo cubrió de tierra hasta el tope.

–Ahora toma el látigo.

Juan tomó entonces el látigo y la carreta partió ligerito, ligerito.

–¡Gracias, Atlas! ¡Cómo me has ayudado! –decía Juan, que ni cuenta se daba de que todo el trabajo lo había hecho él mismo, pero razonando y sin quejarse, con la cabeza serena –. ¡Te llamaré todas las veces que necesite!

–¿Qué? –dijo Atlas–. ¿Hacerme venir volando por estas



simplezas? Cuando te ocurran esas cosas, mejor te llamas a ti mismo a la calma.

–¿La calma? ¡No la conozco! –dijo Juan.

–Te vendrá bien conocerla, porque gritas y maldices como si fueras JUAN REGAÑA.

–¿Juan Regaña? ¡Ese soy yo! –dijo boquiabierto Juan.

Pero ya Atlas volaba tan alto, que no lo oyó. Así que nunca supo que sí, que en verdad Juan era el verdadero Juan Regaña.

Claro que desde aquel día, Juan recurrió a la calma, y entonces protestó cada vez menos. Hasta que ya no fue más Juan Regaña, sino Juan... ¡Juan a secas...!



The word "FIN" is written in large, colorful, block letters. The 'F' is red, the 'I' is yellow, and the 'N' is green. The letter 'I' is replaced by a blue spiral.

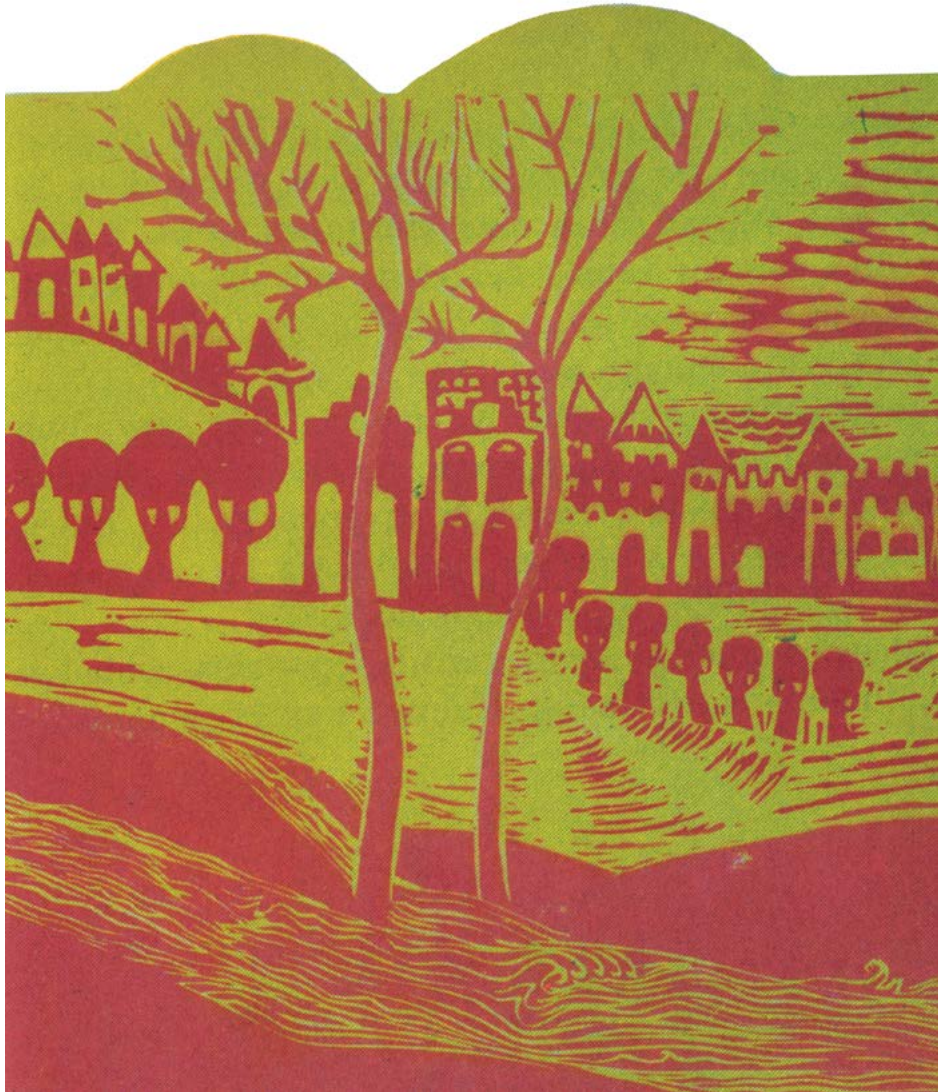


El príncipe que perdió la risa

Escrito por: Neli Garrido de Rodríguez

Ilustrado por: Alba Ponce





Esta historia ocurrió hace muchísimos años, en una época en que había reyes y palacios por todas partes. Es la historia de un príncipe que vivía en un país muy hermoso, lleno de montañas, bosques, llanuras y ríos.

Desde pequeño, el príncipe se preparó para reinar. Se pasaba días y días estudiando estrategia militar sobre unos enormes mapas. Y días y días con los sabios del reino que le enseñaban historia, matemáticas, geografía, y todo lo que hasta ese momento se sabía.

Jamás salía del palacio. No conocía más gente que sus servidores y su ejército y no quería perder tiempo en fiestas, paseos o diversiones. Su única idea era reinar y que su reino fuera el más poderoso del mundo. Y lo consiguió.



Todas las guerras eran ganadas por soldados hábilmente adiestrados. Nuevas tierras conquistadas aumentaban su poderío. El tesoro de sus arcas crecía y crecía sin cesar. Su fama se extendía a lo largo y a lo ancho. Pero, en realidad, nadie lo conocía.

Un día, cansado de tanto hacer cálculos y programar batallas, salió a los jardines de su palacio. Era un día de primavera y las flores asomaban enloquecidas de color y perfume. Y los pájaros cantaban por todas partes.



El príncipe aspiró hondamente el aire fresco y puro, se acercó a una flor hermosa, y quiso reír, contagiado de tanta alegría. Pero no pudo. Lo intentó varias veces, pero ¡nada!

Quiso entonces ensayar aunque solo fuera una sonrisa... Pero no lo lograba.

¡Se había olvidado! ¡Se había olvidado de reír!

Ante ese descubrimiento el príncipe, espantado, anunció a gritos:

—¡He perdido la risa! ¡He perdido la risa!

La noticia se extendió rápidamente, atravesó corredores, se introdujo en los salones, en los dormitorios, salió por las ventanas, entró por las puertas, llegó a la cocina, salió a los patios, a los jardines, a la caballeriza...

—¡El príncipe ha perdido la risa! ¡El príncipe ha perdido la risa!

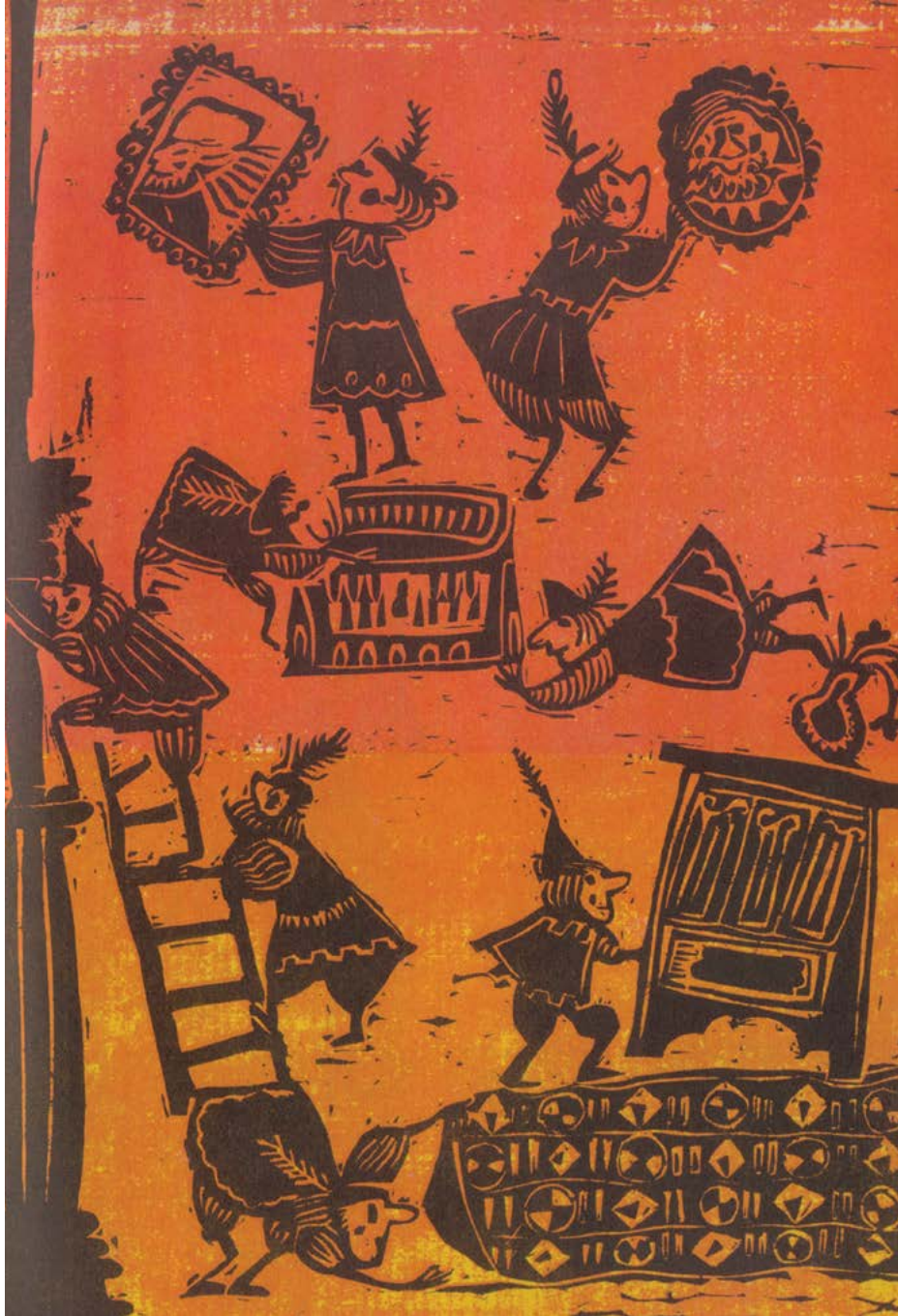
La noticia seguía veloz recorriendo el palacio. Y la orden no se hizo esperar:

—¡A buscar la risa del príncipe! ¡A buscarla sin perder un minuto de tiempo!

El príncipe, agobiado, con la cabeza entre las manos, repetía sin cesar:

—¿Dónde está mi risa? ¿Dónde está?

En tanto, toda la servidumbre, y los pajes, y el ama de llaves, y los cocineros, y los consejeros, ¡y hasta los ministros! buscaban por todos los rincones la risa perdida. Abrían armarios y baúles, miraban debajo de los muebles, en todos los cajones, detrás de los cuadros, debajo de las alfombras... Revisaron la sala de armas, el sótano, la bodega, en fin... en todas, todas partes,



hasta que no quedó ni un centímetro del palacio sin revisar.
Inútil. Inútil todo. La risa no aparecía por ninguna parte.
Y el príncipe continuaba en su triste pose, sin moverse. Solo de
tanto en tanto repetía como un autómeta:
—¿Dónde está mi risa? ¿Dónde está?
Entonces enviaron pregoneros para que recorrieran la ciudad.
—¡Quien encuentre la risa del príncipe será recompensado
generosamente! —decían.



Y así fueron llegando al palacio cientos de personas que decían traer la risa perdida.

Le contaban chistes, le hacían cosquillas. Pero inútil. La risa no aparecía. Artistas talentosos exhibieron sus habilidades frente al príncipe.

Hermosas bailarinas, exquisitos cantantes, graciosísimos titiriteros y cómicos aseguraban traer la risa perdida; pero a todos, invariablemente, les respondía el príncipe:



–Esa que traen, es la risa de ustedes. No la mía.

Y seguía tan apenado como antes.

Entonces se reunieron los sabios más ancianos, que conocían toda la sabiduría antigua.

Y también los más jóvenes, que conocían toda la sabiduría nueva.

Y pensaron tres días y tres noches. Hasta que por fin todos llegaron a la misma conclusión:

–Si el príncipe no recupera la risa, morirá. ¡Nadie puede vivir sin reír!

Entonces el príncipe decidió salir, él mismo, a buscarla.

Prepararon equipaje para varios días. Cargaron carruajes con alimentos y demás enseres como para llegar hasta donde fuese necesario. El príncipe, adelante, montó en un caballo blanco sobre el que cargó también dos alforjas llenas de monedas de oro, se ciñó la espada, y dijo:

–Si alguien tiene mi risa y no quiere dárme-la, se la compraré; y si no quiere el oro, ¡la ganaré con mi espada!

Y emprendió la marcha acompañado por una numerosa comitiva.

Pueblo por pueblo, calle por calle, casa por casa, preguntaban sin cesar. Pero en vano. Nadie había visto la risa perdida.

De tanto andar, ya habían dejado lejos todas las poblaciones.

De pronto se encontraron a la entrada de un espesísimo bosque.

Antes de internarse en él, preguntaron a un árbol que parecía ser el más viejo de todos:

–¿No sabes si anda por aquí una risa perdida?

–No lo sé. El bosque es muy grande ¡y hay tantos lugares para esconderse!



Y continuó:

–Pero, ¿quién es el dueño de la risa perdida?

–Yo, señor –contestó el príncipe.

–Mucha gente para buscar una sola risa –dijo el árbol. Y agregó–:
Que entre sólo el dueño a buscarla.

Con mucha pena despidió el príncipe a su séquito y, solo con su caballo, las alforjas y su espada, se internó en el bosque.

El bosque era oscuro. Escasos rayos de sol se filtraban entre el tupido follaje de los grandes árboles.

El príncipe buscaba afanosamente.

–¡Risaaaa...! ¡Risaaaa! –llamaba a grandes voces.

–... isa, ... isaaa –respondía el eco.

–¿Dónde estás escondidaaaaaa? –volvía a gritar.

–... idaaa, ... idaaaaa –respondía el eco.





La maraña era cada vez más espesa. Con su espada se abría camino, ya cortando la maleza ya matando las alimañas que lo atacaban. Pero no volvía atrás.
–¡Risaaaa! ¡Risaaaa! –volvía a gritar.
–... isaaa... isaaa –respondía siempre el eco.
Y siguió andando y andando, y se encontró fuera del bosque. Apenas había caminado un trecho, cuando se encontró con un viejecito que llevaba un gran atado de leña sobre sus espaldas. Tan encorvado caminaba, que parecía que con la cabeza iba a tocar el suelo.
El príncipe desmontó y, agachándose mucho para verle la cara, le preguntó:

–Abuelo, ¿no has visto por aquí una risa perdida?

–¿Cómo puedo ver una risa, si lo único que veo en mi camino es tierra y más tierra?

El príncipe lo ayudó a bajar la leña, la cargó luego sobre su caballo y le dijo:

–Llévatelo, abuelo, para que no cargues más leña, y si ves mi risa perdida, dile que la ando buscando.

Y siguió andando y andando, con las alforjas al hombro.



Y el príncipe estaba muy fatigado. Llegó a un trigal dorado que se extendía ante su vista y parecía nunca acabar. Se disponía a sentarse cuando escuchó unas risas muy cercanas. Muchas risas. ¡Risas sonoras y cristalinas!

“Acaso esté allí”, pensó, esperanzado. Entonces, internándose entre las espigas, se encontró con un grupo de muchachos y muchachas que segaban el trigo.

—¿No han visto por aquí una risa perdida? —preguntó.



Todos rieron sorprendidos. Pero, al ver el rostro tan triste del forastero, callaron.

–No es broma –continuó–, he perdido mi risa.

–¿Cómo era? –preguntó una joven –. ¿Fuerte? ¿Suave?



– ¿Aguda? ¿Grave? –dijo otra.
–¿Era grande o pequeña? –preguntó un tercero.
El príncipe no supo responder. ¿Cómo era su risa? Hacía tanto
que la había perdido que ya ni recordaba cómo era.





–No lo sé, no lo sé –dijo desalentado.

–No te preocupes. Descansa, comparte nuestra merienda y, después, seguro la encontrarás.

Merendaron todos con el príncipe y, como buenos amigos, se contaron muchas cosas: sus preocupaciones y sus alegrías, sus tristezas y sus esperanzas.

–Si pudiera comprar un pedazo de tierra, mi padre anciano no tendría que trabajar más –decía uno de ellos.

–Yo quisiera comprar una vaca –decía una joven muy rubia –. Ella nos daría leche, con la leche haríamos quesos, los quesos se venden muy bien, y mis hermanitos podrían ir a la escuela.





Así, uno y otro, y todos, dijeron cuáles eran las cosas que más ambicionaban.

Cuando se despedían, el príncipe, entregándoles las alforjas llenas de monedas de oro, les dijo:

–Repártanselas, y que ellas los ayuden a realizar sus sueños.

Y siguió andando y andando, hasta que se encontró con dos hombres que llevaban una enorme jaula llena de pájaros. Los pobrecitos volaban y se chocaban unos a otros en su afán desesperado por escapar.

El príncipe los detuvo y les preguntó:

–Amigos, ¿han visto por ahí una risa perdida?

–¿Una risa perdida? ¿De qué color? –dijeron, sonriendo.

¿De qué color era su risa? No lo sabía. Entonces les dijo:

–Acaso se encuentre entre los pájaros. ¿Adónde los llevan?

–Al mercado.

–Los compro todos –dijo el príncipe.

Pero entonces se dio cuenta de que no tenía una sola moneda. Se quitó la capa, toda recamada en oro y pedrería, y la ofreció a cambio.

Los dos hombres, asombrados, aceptaron el trato rápidamente, y salieron corriendo antes de que el príncipe se arrepintiera.

Una vez solo, frente a la jaula de los pájaros, el príncipe, casi llorando, preguntó:

–¿Está entre ustedes una risa perdida? No sé cómo era, ni qué color tenía. Solo sé que era mía.

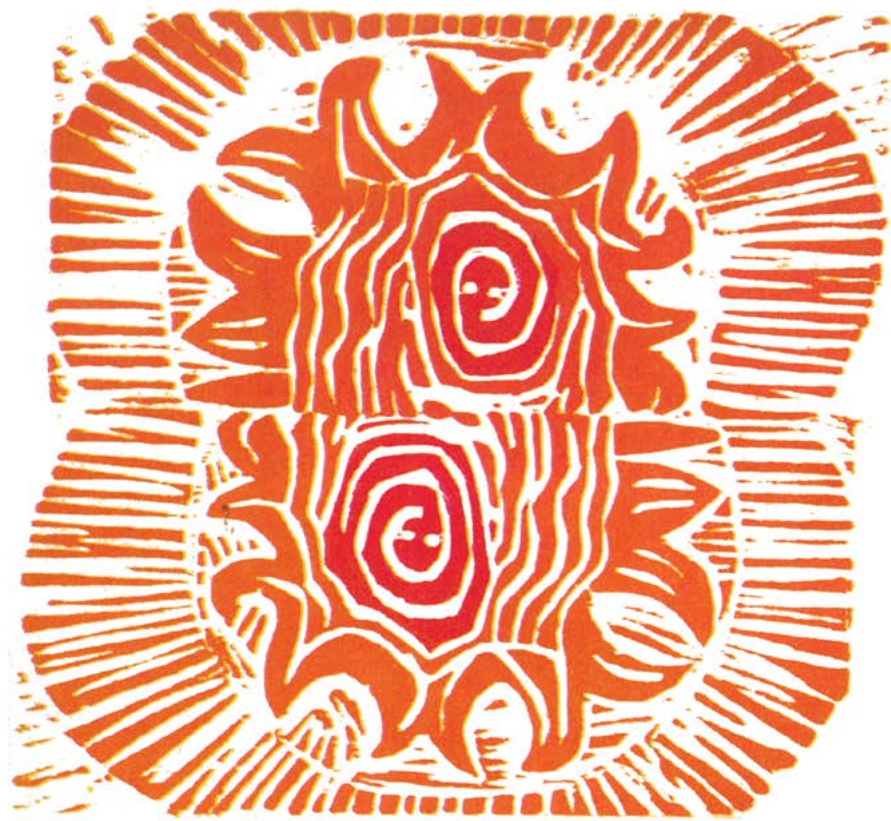
Pero los pájaros solo pudieron responderle con su canto lastimero:

—¿Cómo podemos ver una risa, encerrados en esta jaula?
El príncipe abrió la jaula y los pájaros alborozados revolotearon a su alrededor, acariciándolo con sus hermosas alas. Y, cantando alegremente, echaron a volar, diciendo:
—Buscaremos por los vientos, por las nubes. Buscaremos tu risa perdida. Buscaremos... buscaremos...



El príncipe siguió andando. Andando, andando, andando. El calor lo extenuaba. Sus zapatos ya tenían agujeros. Poco a poco fue despojándose de su ropa y arrojándola al camino. Primero, la pesada chaqueta, luego la camisa bordada, después los zapatos, luego la espada. Así, una a una, hasta quedar apenas con los pantalones.







Y siguió andando y andando. El sol le fue dorando el torso y los pies se le endurecieron de tanto caminar sobre las piedras.

Por fin llegó a un lago de aguas limpiísimas y quietas. Apenas había mojado sus manos en el agua fresca, cuando un niño se asomó entre los árboles. Ilusionado, el príncipe le preguntó:
–Niño, he perdido mi risa. ¿La has visto tú por ahí?
–No, no he visto por aquí ninguna risa extraña.



Y, a su vez, preguntó:

–¿Quién eres?

–Soy el príncipe.

El niño lo miró de arriba abajo y, sin poder contenerse, dijo riendo:

–Si tú eres el príncipe, yo soy la risa que has perdido.

Y se puso a reír con tantas ganas que el príncipe no pudo menos que mirarse en el lago.

–¿Este soy yo? ¿Este es el príncipe?

En efecto: nada menos parecido a un príncipe que la imagen lastimosa que le devolvía el agua. Y le dio tanta risa su figura que empezó a reír con el niño, tanto, tanto, que la risa le impregnó la cara, se le enredó en los cabellos, le recorrió los brazos, se deslizó por su cuerpo y corrió por sus piernas hasta el mismísimo dedo gordo.



Rió tanto tanto que contagió a los árboles, al lago y a los pájaros. Y cuando estuvo lleno de risa, se dio cuenta de que su risa era idéntica a la del niño: clara y fresca. Que era una risa grande, grande. Que tenía color azul y verde. Que tenía gusto a agua.

Y entonces buscó al niño para darle las gracias...

Pero el niño ya no estaba.

El príncipe no sentía cansancio ni tenía más penas.

Y saltando, saltando, de la mano de su risa recuperada, emprendió el regreso a su palacio.



El prestidigitador
se va del circo



Escrito por: Yalí

Ilustrado por: Ruth Varsavsky





La carpa del circo estaba llena de luces y de música. Sonaban los platillos, chim-chim, y el bombo, bom-bom, y los payasos rodaban por la pista y los acróbatas se columpiaban en las alturas o se descolgaban de los trapecios.

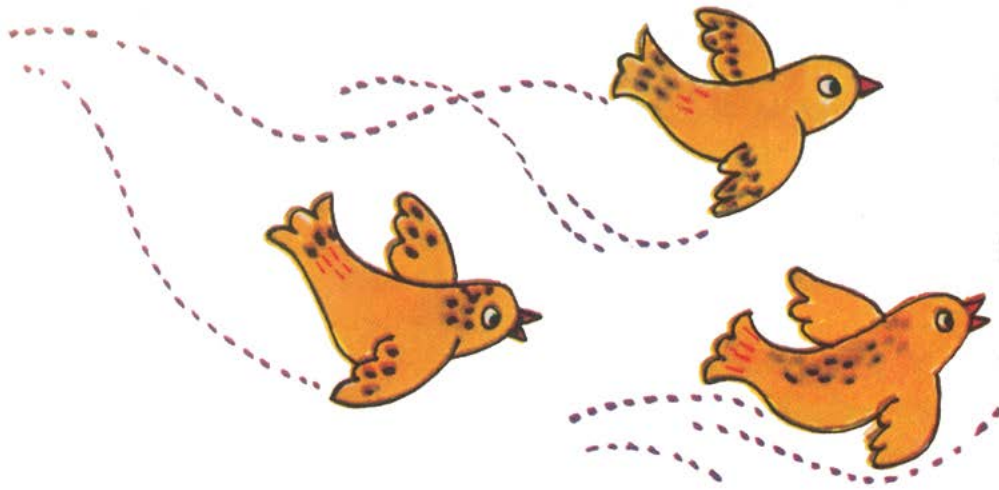
El domador mandaba a los leones:

–¡Salten...! ¡Arriba, abajo...! ¡Hop! –y los leones saltaban.

También saltaban los tigres, porque el circo traía tigres. Y traía camellos, y jirafas, y osos amaestrados. Y un mono que tocaba el tambor, y diez elefantes que bailaban, asiéndose unos a otros de la cola.

Los chicos de la platea aplaudían a los perros amaestrados. Y no sabían si les gustaban más los equilibristas o los payasos de nariz colorada. Eso, hasta que aparecía el prestidigitador. Sí, porque el prestidigitador, y solo el prestidigitador, era el preferido de los chicos.





El prestidigitador golpeaba su sombrero con una varita, así, pim... pam... ¡y del sombrero salía una bandada de palomas blancas...! Lo golpeaba otra vez, pim... pam..., y del sombrero salían banderas y banderas que se agitaban solas. Y lo golpeaba por tercera vez, y sacaba, hasta cansarse, montones y montones de conejos blancos y orejudos.

Después, con su varita, golpeaba una tetera. Los chicos decían: “¿Saldrá té...?”. ¡Pero qué iba a salir té! ¡Del pico de la tetera brotaban fuegos artificiales! A veces, bueno, porque otras veces salían pañuelos que volaban por todo el circo, como si fuesen mariposas.

Los chicos aplaudían hasta dolerles las manos, y pensaban: ¡Qué lindo ser prestidigitador! Pero el prestidigitador no pensaba así, ni muchísimo menos. Cada noche, cuando terminaba la función, decía:

—¡Uff, estoy cansado de sacar conejos de mi sombrero...!

Una vez le dijo al caballo de trapo, que trabajaba en la pista con los payasos:

–Mira, caballo de trapo, estoy aburrido de estar aquí. Mañana me voy a buscar otro empleo.

El caballo de trapo sacudió la cola y exclamó:

–¡Yo también estoy cansado del circo! ¡Vámonos!

Y se fueron.

El caballo de trapo encontró trabajo casi enseguida. Como tenía dentro dos muchachos que lo hacían andar, y uno sabía escribir a máquina y el otro atender el teléfono, le fue fácil emplearse en una oficina, en el centro de la ciudad.





Pero el prestidigitador no sabía escribir a máquina. Y no lo querían en ninguna oficina. Así que caminó y caminó por las calles del centro y por las calles de los barrios, hasta que al fin vio en la puerta de una fábrica, un cartel que decía:

SE NECESITA APRENDIZ DE SOMBRERERO

El prestidigitador entró corriendo en la sombrerería, pidió trabajo al sombrerero y el sombrerero se lo dio.



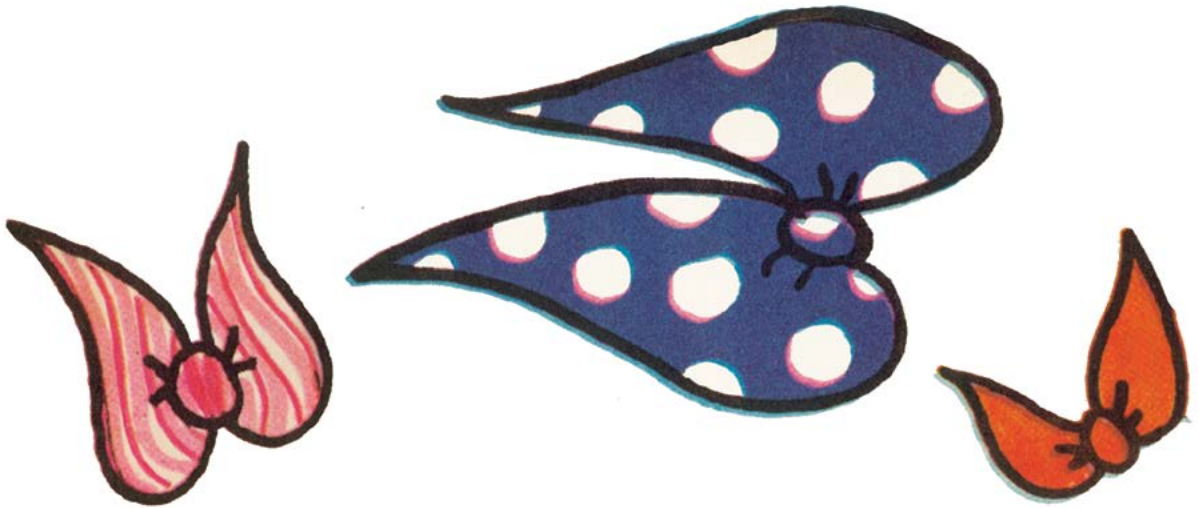
El prestidigitador se puso un delantal, buscó después las tijeras, las hormas, el fieltro marrón y el fieltro azul, y al mediodía tenía ya terminado un sombrero, dos, cinco, diez, veinte sombreros, o más.

El sombrerero estaba loco de contento con su ayudante. Tomó los sombreros y los puso en la vidriera de la sombrerería y se sentó a esperar que llegaran los compradores.

Al poco rato llegó un comprador y después cinco y diez y veinte más, y se llevaron todos los sombreros que había confeccionado el prestidigitador. Se los llevaron bien encasquetados en sus cabezas. Y cada cual iba más orgulloso que el otro, luciendo su sombrero nuevo... Hasta que el primer comprador, andando

y andando por la calle, se cruzó con una señora y quiso quitarse el sombrero para saludarla... Entonces... ¡del sombrero salieron palomas y más palomas, y salieron conejos blancos y orejudos...! ¡Y hasta salió un chanchito, que se escapó corriendo por la calle...! Sí, eso le pasó al primer comprador, y más tarde le pasó lo mismo al segundo, y al tercero, y al cuarto, y a todos los demás. Y cuando todos, furiosos, fueron a quejarse al sombrerero, el sombrerero le dijo enojadísimo al prestidigitador:





–¡Vete pronto de aquí! ¡Si no, nadie querrá comprarme ni medio sombrero más!

El prestidigitador se fue, pero no demasiado triste, porque ya estaba un poco cansado de ser sombrerero. Y anduvo, anduvo, por una calle con árboles, y después por otra pelada...

Hasta que, al fin, se detuvo frente a una confitería y pensó:

–Me gustaría trabajar aquí. ¡Sería rico probar las tortas de crema!

Y entró corriendo en la confitería, y pidió un empleo al confitero. Y el confitero se lo dio.

El prestidigitador se puso un delantal, pero no fue a servir el té a la gente que estaba sentada en las mesitas. ¡No! El prestidigitador fue pasando el dedo por encima de las tortas de crema y así, una por una, las fue probando todas.



Cuando el confitero lo descubrió, le gritó bastante fastidiado: —¡Basta de probar tortas! Toma esa bandeja y sirve el té. El prestidigitador tomó la bandeja, se acercó a una mesita e inclinó la tetera. Pero del pico de la tetera... ¡qué iba a salir té! ¡Salieron pañuelos de todos los colores, que volaron por la confitería como mariposas.

Y después salieron fuegos artificiales y estrellitas brillantes.
Los chicos que estaban en la confitería aplaudían y pedían:
—¡Más...! ¡Más...! ¡Otra vez...!
Pero las personas mayores rezongaban:
—¡Queremos té con leche, con medialunas, no pañuelos
voladores con estrellitas!
El confitero escuchó a las personas mayores y le dijo
al prestidigitador:



—Mejor que se vaya usted de mi confitería.

El prestidigitador dejó la confitería un poco triste. Le gustaba estar allí, cerquita de las tortas de crema. Pero, ya en la calle, anduvo un poco por allí cerca primero, y bastante más lejos después, y se alegró de nuevo.

Ya estaba contento otra vez, cuando se vio frente a una vieja panadería. El panadero descansaba sentado a la puerta y el prestidigitador le dijo:



—¿Necesita usted un ayudante, panadero?

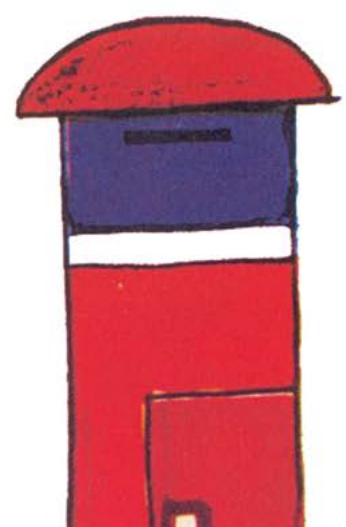
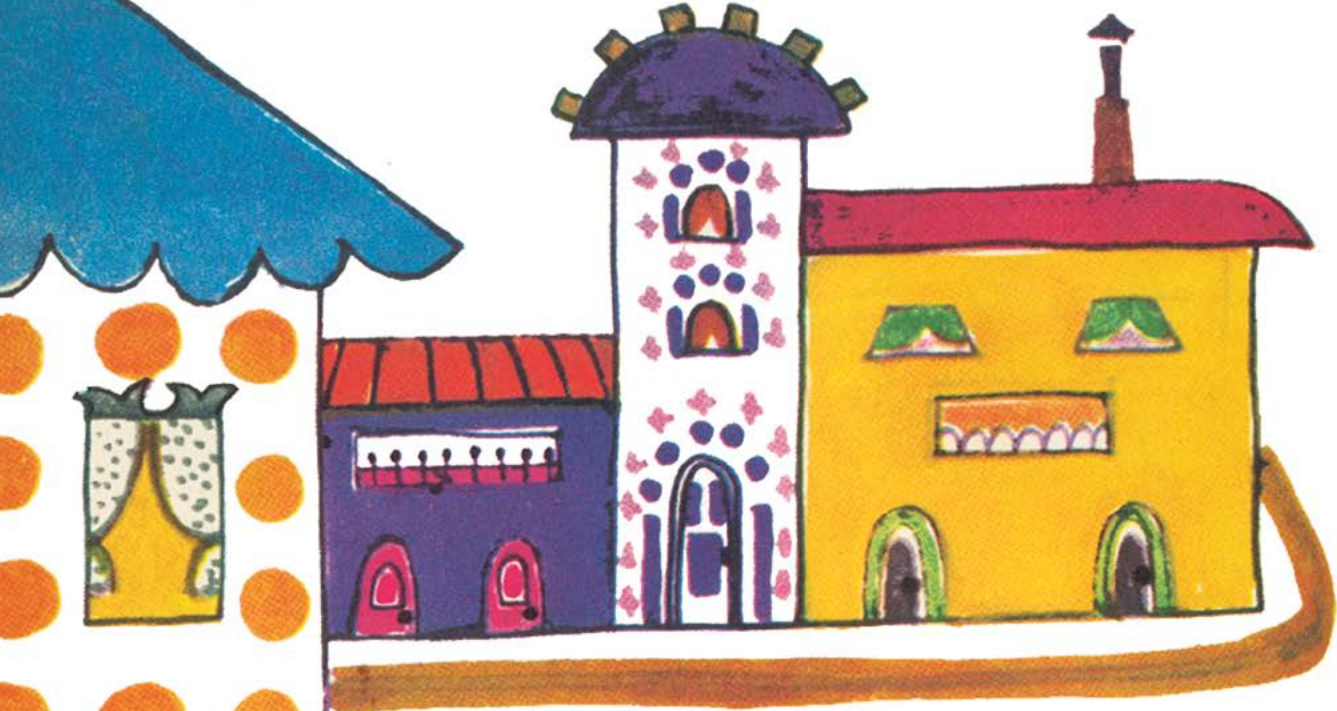
—Sí —le dijo el panadero—. Pasa y amásame los panes.

El prestidigitador entró corriendo en la panadería, se puso un gorro blanco, mezcló agua, sal y harina, y amasó un pan y otro pan. Hizo panes redondos, panes largos, panes grandes y panes chicos.





Después metió los panes en el horno y los coció.
La gente acudió a buscar panes, vio los panes del prestidigitador y los compró. Y cuando la gente cortó los panes, descubrió dentro... ¡muñequitas de porcelana, como en las tortas de reyes; anillos de oro, como en las tortas de boda; y huevos de chocolate, como en las tortas de pascua...!
Todos corrían a la panadería y compraban panes y más panes...
Y el panadero no cabía en sí de gozo y satisfacción con su ayudante.





–¡Quédate para siempre! –le dijo.

El prestidigitador se quedó una semana, después otra... después un mes... ¡Hasta dos meses se quedó en la panadería...! Pero cuando pasaron dos meses, comprendió que, aunque le gustaba mucho ser panadero, le gustaba más ser prestidigitador.

Entonces, una mañana le dijo al dueño de la panadería: –Me vuelvo al circo. Ya no quiero hacer más panes. Ni redondos, ni largos, ni chicos, ni grandes.

El prestidigitador tomó por una calle angosta y después por una avenida ancha, y cuando llegó al centro de la ciudad, vio, junto a un edificio lleno de oficinas, al caballo de trapo. Y el caballo de trapo galopó hacia él.

–Regreso al circo contigo –le dijo el caballo al prestidigitador–. ¡Estoy harto de escribir a máquina y de atender teléfonos!

Así, volvieron al circo el caballo de trapo y el prestidigitador.
¡Y cómo se alegraron los perros amaestrados cuando los vieron!
¡Y los malabaristas y el domador! ¡Y los leones y los monos y los
elefantes, y el oso amaestrado! ¡Pero más se alegraron los chicos
de la platea!

El prestidigitador estaba tan contento, que en la primera
función golpeó su sombrero con la varita, pim... pam...,
y sacó una locomotora de verdad, con cinco coches-dormitorio
y un coche comedor, y el furgón, todavía, de cola...!

El caballo de trapo también estaba contento. Tanto, que en la
primera función bailó y bailó y bailó. Bailó tanto, tanto, que se
le descosió un costado y tuvieron que ponerle precipitadamente
un remiendo de tela a cuadritos.

Pero le quedaba bien.





El ratón azul

Adaptado por: Aurelio Queirolo

Ilustrado por: Gioia Fiorentino





En el jardín de la casa de la tía Emilia, una señora gorda que siempre usaba un gran sombrero lleno de plumas, vivía un ratoncito azul. La tía Emilia no le tenía miedo, porque a ella le gustaban mucho los colores y, entonces, cada vez que veía al ratoncito azul, en vez de subirse a una silla y gritar, se ponía a exclamar:

—¡Oh, qué precioso ratoncito azul!

Lo que al ratón le dio, al principio, mucha vergüenza, y después, cuando ya lo había oído decir ciento setenta y cinco veces, a razón de quince veces por día y en forma continuada, le dio mucho cansancio. El ratoncito no podía asomar su nariz fuera de la cueva, porque la tía Emilia comenzaba a decir ininterrumpidamente:

—¡OHQUEHERMOSORRATONCITOAZUL!

¡OHQUEPRECIOSORRATONCITOAZUL!

¡OHQUEHERMOSORRATONCITOAZUL!

¡OHQUEPRECIOSORRATONCITOAZUL!

Así que un día, por fin, el precioso-hermoso ratoncito azul decidió marcharse de aquel jardín. Pero, además, decidió irse porque se sentía muy solo.





Una tarde, cuando el sol estaba cayendo y antes de que hiciera ¡pum! en el horizonte, el ratoncito azul hizo un paquetito con todo lo que tenía en su cueva (un pedacito de queso, cinco semillitas de zapallo, ocho granitos de trigo, una preciosa semillita de sandía y un yo-yo) y se marchó.

Cuando pasaba con su varita al hombro y el atadito sostenido en ella, oyó que a su espalda decía la tía Emilia: –¡OHQUEPRECIOSORRATONCITOAZULCON PAQUETITORROJO! –y lo repetía, y lo repetía, como solía hacerlo.

El ratoncito caminó y caminó, hasta que encontró en otro jardín una cuevita. Llamó desde la puerta y, como no le contestaron, decidió entrar para ver si le daban alojamiento. La cueva era de ratones, pero los dueños no estaban en aquel momento, así que se sentó a esperar, mientras examinaba los objetos que había a su alrededor. Se veía que no eran muy hacendosos y sí muy comilones, porque estaba todo lleno de agujeros. En eso sintió ruido y se adelantó para presentarse:

–Buenas tardes, soy el ratoncito azul y vengo a buscar alojamiento. ¿No tendrían ustedes lugar en esta cueva?

–¡Ah, no, de ninguna manera! –dijo un ratón gordo con una gran cadena de reloj que le cruzaba la barriga–. No damos nunca alojamiento a ratones que no conocemos, y mucho menos a ratones azules. ¿No ve usted que nosotros somos todos ratones normales? Todos somos grises. ¡Qué atrevimiento ser un ratoncito azul!





Entonces, el ratoncito azul salió de la cueva con la cabeza levantada. No dijo nada, pero cuando estuvo fuera dejó escapar una lágrima gorda, que se hizo una bolita y comenzó a rodar. El ratoncito entonces se olvidó de su pena y comenzó a jugar con la lágrima. Después de uno de los golpes que le dio, la lágrima cayó en un pocito más chico que el de la cuevita donde había entrado hacía un momento y el ratoncito azul la siguió.

Al entrar vio algo que lo dejó mudo de asombro: en una camita, muy bien arreglada, estaba durmiendo un ratoncito, pero que no era un ratoncito gris, ni siquiera un ratoncito azul, sino que era un ratoncito rojo.

El ratoncito tenía toda su cuevita pintada de rojo y eran rojas la colcha de su cama y las cortinas, y también el mantel de la mesa.



El ratoncito azul se puso a mirar todo y, de pronto, descuidado, tiró un florero. El ratoncito rojo se despertó y el ratoncito azul corrió a esconderse pero, como todo estaba pintado de rojo, al ratoncito rojo no le costó mucho encontrarlo, porque el azul resaltaba contra el rojo de la habitación como una mancha de tinta.



—¿De qué te escondes? —le preguntó el ratoncito rojo al azul,
que estaba muy asustado.

—¡Oh, perdóname! No quise despertarte. Ya me voy.





–¿Tienes mucha prisa? Porque, si no, puedes quedarte un ratito a hacerme compañía.

–Bueno, no tengo mucha prisa –contestó el azul–. No tengo tanta prisa, no tengo casi prisa, la verdad es que no tengo ninguna prisa, absolutamente ninguna prisa.

–¿No tienes que volver a tu casa?

–No. Me fui de mi casa porque estaba muy solito y, como soy muy raro, nadie quiere saber nada conmigo.





–¿Qué, eres muy raro? –dijo el ratoncito rojo–. Yo no te veo nada de raro.

–Pero, como soy azul...

–¿Y eso qué tiene? Yo soy rojo, y tengo muchos amigos de color amarillo, y verde, y naranja, y de todos los colores.

–¿Cómo puede ser eso? Casi todos los ratones son grises...

–Casi todos –respondió el rojo–, pero no TODOS, y que haya muchos de un color no quiere decir que sean ni todos ni los mejores. Te llevaré a visitar al ratoncito amarillo y vas a ver qué bien se lleva contigo.





Así, pues, se pusieron en camino para llegar adonde vivía el ratoncito amarillo. Cuando iban caminando, el ratoncito rojo le preguntó al azul:

–¿Así que no tienes casa adonde ir?

–No –le respondió el azul.

–Entonces, tengo una idea. Yo también quiero dejar mi casita porque está muy cerca de la casa de los ratoncitos grises y ellos

siempre me muestran su desprecio porque yo soy un ratoncito rojo. Quisiera ir a un lugar donde todos nos sintiéramos iguales.

–¿Así que tú también te sientes raro?

–No, ya te expliqué que somos distintos, nada más. Pero ellos, los grises, a todos los que no somos iguales, exactamente iguales a ellos, nos tratan con mucho desprecio. Quieren que nos volvamos grises o nos vayamos.



–¿Y por qué hacen eso? –preguntó el ratoncito azul.

–No he podido averiguarlo. Vamos a preguntárselo al ratoncito amarillo, que es el más viejo y debe saberlo.

Cuando llegaron a la cueva del ratoncito amarillo, estaba él desgranando una flor de girasol para su comida de aquel día. Quitaba granito por granito del centro, cuidando de no destruir los pétalos.





Después que se saludaron y presentaron, el ratoncito amarillo mostró mucha alegría de ver al ratoncito azul.

–¡Hacía muchos años que no veía un ratón azul por aquí! –exclamó–. ¡Qué suerte que hayas llegado!

–¿Cómo que haya llegado? ¿Usted me esperaba?

–Claro, eras el único que faltaba.

–¿Que yo faltaba? ¿Para qué?

–Para que podamos irnos, todos juntos, a un lugar donde estemos tranquilos los ratoncitos de distintos colores.

–Sobre eso queríamos preguntarle –interrumpió el rojo–. ¿Por qué los ratones grises no nos quieren y nos desprecian a los



de otros colores? ¿Por qué no nos dejan vivir tranquilamente y se ríen de nosotros?

—¡Ah, es una historia muy vieja! —repuso el amarillo—. Ocurrió cuando yo era muy chiquito y ustedes no habían nacido aún. Antes, todos los ratones eran de colores y la gente los quería mucho y les daba de comer en las azoteas y patios, porque les gustaba ver cómo al moverse se combinaban los más hermosos colores. Los ratones, entonces, no robaban comida. Pero un día uno de ellos, que era muy glotón y nunca se conformaba con lo que le daban, entró en una despensa y robó un gran pedazo de queso. Entonces un ratón blanco —los ratones blancos eran los

que más habían estudiado y sabían más— le dijo que no comiera de aquel queso porque, siempre que se roba algo y se come lo robado, se pierde el color que se tiene y uno se vuelve gris. El ratoncito ladrón no le hizo caso al ratoncito blanco y empezó a comer. Y convidó a todos los compañeros de la cueva. Los ratoncitos blancos no aceptaron, claro, porque sabían mucho, pero los demás aceptaron muy contentos y se dieron un gran festín. Cuando terminaron, quedaron muy satisfechos y se rieron mucho de los ratones blancos, que habían sido tan tontos que no habían querido comer, y hasta los echaron de sus cuevas.





Pero de pronto, los ratones que habían comido el queso robado, vieron que empezaban a cambiar de color. Todos: los rojos, amarillos, azules, anaranjados, verdes, todos empezaron a desteñirse y a ponerse grises. Se asustaron mucho, pero después que se les pasó el susto, decidieron que el color anterior no les gustaba y que total... ¡así eran más lindos...!

Al día siguiente, cuando fueron al patio a comer su comida diaria, los dueños de la casa no los reconocieron, y se asustaron de ellos y les cerraron las puertas sin darles nada, pensando que eran unos animales muy feos que habían venido de otro lugar,

y ellos no sabían si eran o no peligrosos. Así, pues, los ratoncitos se vieron obligados a seguir robando y por eso es que las señoras les tienen tanto miedo, porque cuando ven un ratoncito gris, piensan que es un ladrón y gritan mucho, y se asustan de lo que ellas gritan.



—¿Y entonces, nosotros, cómo es que tenemos colores? —preguntó el ratoncito azul.

—Porque hubo unos pocos que no quisieron aceptar del queso robado y no participaron en el festín, y se quedaron en la cueva,

pero cuando echaron a los ratoncitos blancos, ellos también se fueron.

—¿Y dónde están ahora? —preguntó el rojo.

—Algunos —contestó el amarillo—, muy poquitos, se quedaron por los bosques y ellos solos hicieron sus cuevitas. Nunca se



dejan ver. Otros se fueron y, nadando, nadando, pasaron a una isla, donde viven muy contentos.

—¿Nosotros podemos ir a reunirnos con ellos? —preguntaron a dúo el ratón azul y el rojo.

–Sí, podemos y vamos a hacerlo, si ustedes quieren.
–¿Cómo se llega a esa isla? –preguntó entusiasmado el azul.





–Hay que caminar hasta el horizonte y esperar a que llueva. Después hay que aguardar a que pare de llover, porque entonces los ratoncitos de colores se reúnen en la orilla de la isla y miran hacia aquí, a ver si llega algún nuevo compañero que quiere reunirse con ellos. Si hay alguien esperando para cruzar hasta la isla, donde ellos viven, entre todos forman un puente muy bonito, de todos los colores, y hacen cruzar a los recién llegados. Por eso muchas veces se ve en el cielo un gran arco de colores. Son los ratoncitos que están ayudando a pasar a los nuevos compañeros.

–¿Cuándo podemos ir a reunirnos con ellos? –preguntó impaciente el ratoncito azul.

–Cuando ustedes quieran. Yo los guiaré –respondió el amarillo.

–Vamos, vamos –exclamaron juntos los otros dos.

Y así, después de hacer su equipaje el ratoncito rojo y recoger el suyo el ratoncito azul, pasaron a buscar al amarillo y se fueron caminando, caminando, hasta llegar al horizonte.

A lo mejor ya llegaron, o estarán por llegar. Eso podremos saberlo la próxima vez que llueva. Si después que pare la lluvia, cuando salga otra vez el sol, ven ustedes en el cielo un gran arco de colores, es que son los ratoncitos de esta historia que están pasando para llegar a la isla y reunirse con sus compañeros. Y si encuentran un ratoncito de color, no se olviden, díganle enseguida dónde están los demás. A los blancos no, porque los ratoncitos blancos siguen aprendiendo y trabajando en los laboratorios, para ver si pueden hacer que los grises vuelvan a tener su color de antes.





Pinocho en el País de los Juguetes

Escrito por: Carlo Collodi

Adaptado por: Inés Malinow

Ilustrado por: Oscar Grillo



Desde el mes último, Pinocho vivía con el Hada Azul, entre mimos y caricias. En el desayuno unos pastelitos de frutillas servían para anunciar la torta de frambuesas del almuerzo... La casa estaba llena de ese olor delicioso que da el horno encendido cuando la mamá está en la cocina, atareada para que todo salga bien. Pinocho tenía muchos amigos y uno de ellos era el Palomo.

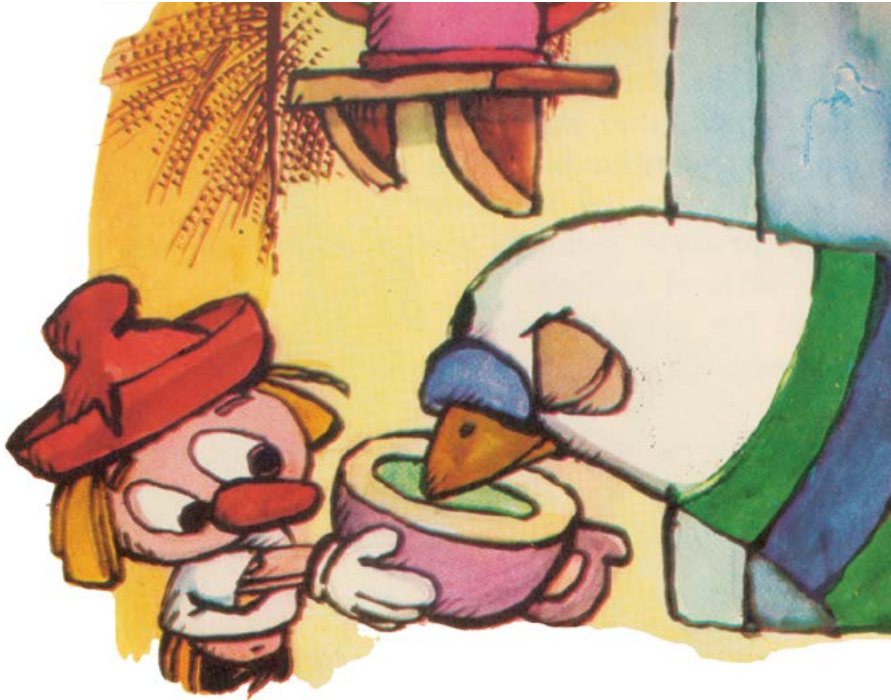
Por eso cuando golpeó la ventana con el pico, el Hada lo saludó con una de sus lindas sonrisas. Pinocho le palmeó el lomo:

–¡Mi querido Palomo! ¡Hace tiempo que no te veo! ¿Qué noticias me traes?

–Pues una que te ha de gustar... Tu papá Gepetto sabe que estás dispuesto a ir al colegio mientras vives con el Hada. Dice que no te olvides de usar una bufanda los lunes, una camiseta los martes, una bolsa de agua caliente los jueves y una tricota los sábados...

–Dile a mi papá que no me olvidaré de nada de eso... Incluso los demás días me abrigaré también si hace frío... Y tú, llévale esto de nuestra parte –exclamó Pinocho, colocándole a Palomo debajo de las alas, bien sujeto, un pastel recién cocinado. Palomo tomó un poco de agua, otro poco de pan con leche y se marchó tan feliz como había venido, dispuesto a tranquilizar a Gepetto sobre el comportamiento de su hijo. Cuando aquel se convirtió en un puntito entre las nubes, el Hada Azul le dijo a Pinocho:





–Si mañana vas a empezar a ir a la escuela, bien podríamos hacer hoy una fiesta para que todos tus amigos conozcan la noticia. Ve a invitarlos pero regresa antes del anochecer...

–Te prometo estar de vuelta dentro de una hora –dijo el muñeco.

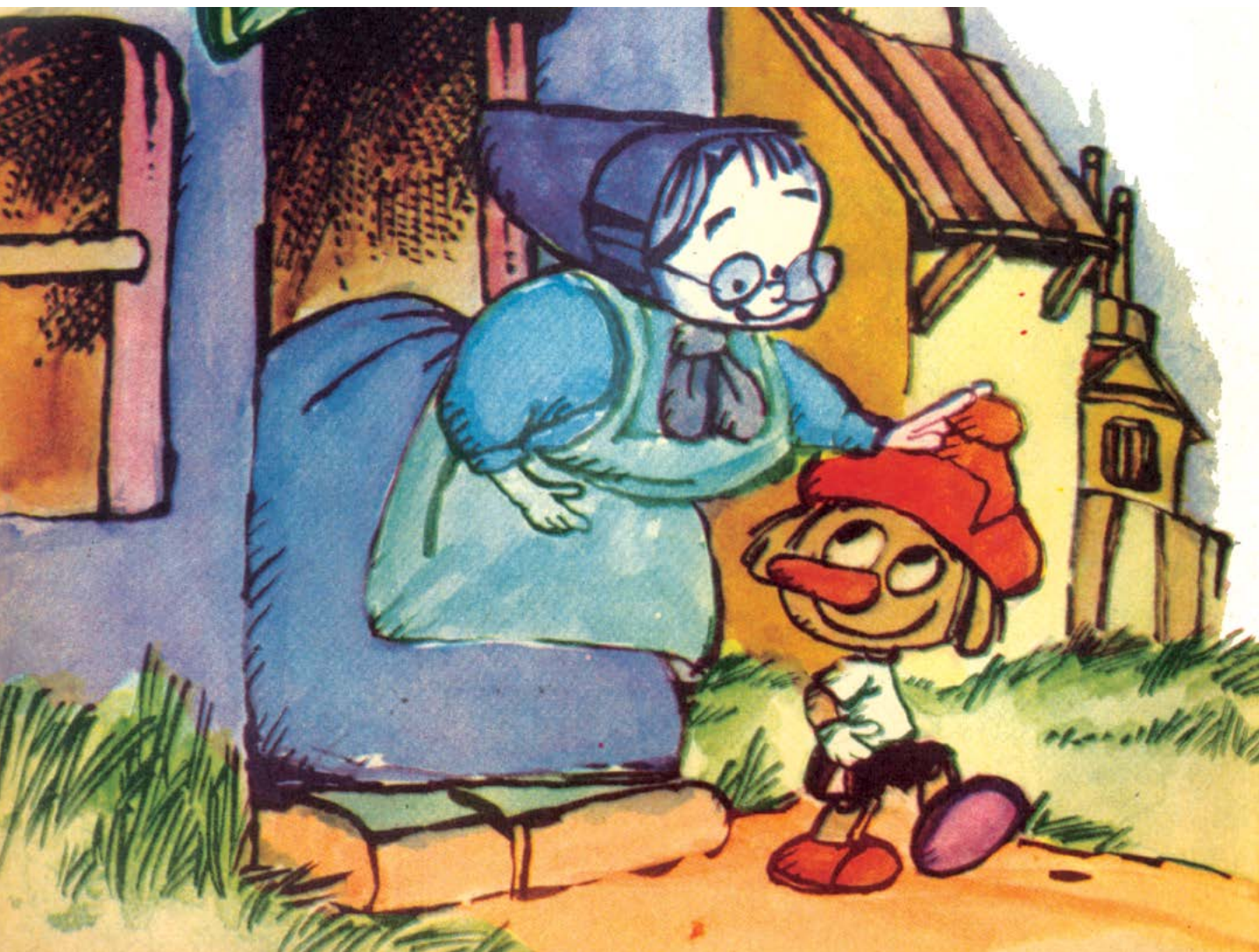
Y se fue a todo correr a invitar a sus amigos a la fiesta. Algunos no sabían si decir sí o no, pero cuando se enteraron de que los bollitos tendrían manteca por arriba y por debajo, asintieron: “Enseguida estaremos allí”.

El mejor amigo de Pinocho se llamaba Fosforito y con él se divertía el muñeco más que con cualquier otro. Pronto salió a buscarlo a su casa, pero no lo halló; fue por segunda vez y tampoco lo halló. Insistió por tercera vez, pero en vano.

Entonces recordó que en alguna oportunidad habían jugado en la casa de unos campesinos. Allí finalmente lo encontró.

–¿Qué haces aquí? Te ando buscando para festejar. Muy pronto me convertiré en un niño de verdad si empiezo a ir a la escuela. Así me prometió el Hada... ¡Hoy haremos una fiesta para celebrarlo! ¡Habrá bollitos con doble porción de manteca!

–Lo lamento, pero festejarás sin mí... Estoy esperando que llegue la noche para partir –respondió Fosforito que, como su nombre lo indicaba, era alto y rubio como un fósforo.





—¿Cómo partir? ¿Adónde?

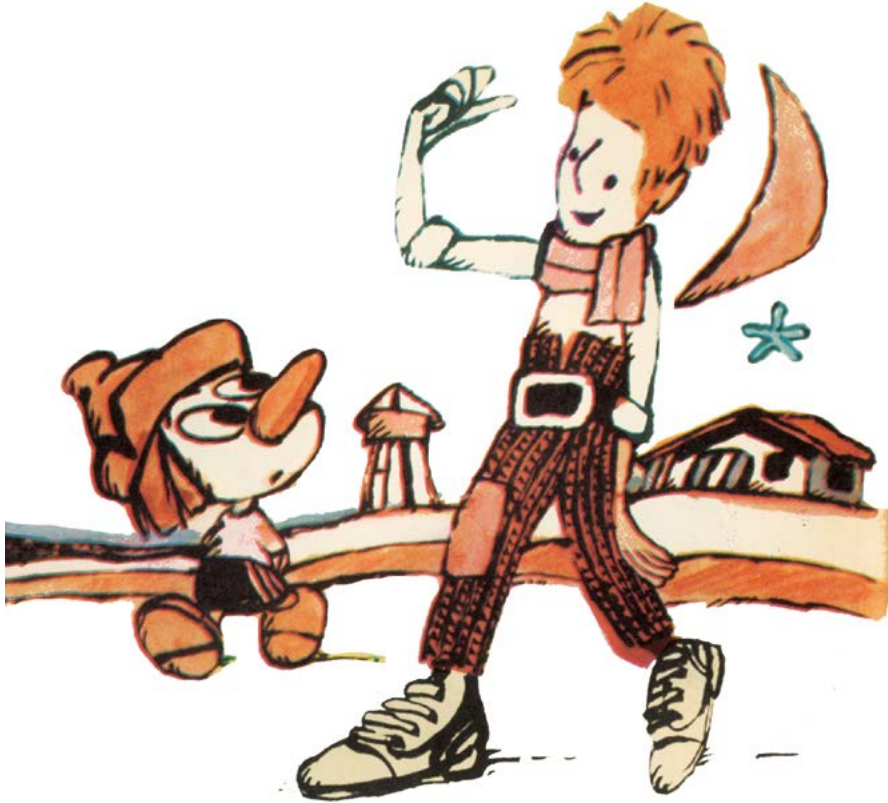
—¿Al país más hermoso del mundo! ¡Una verdadera maravilla!

¡Al País de los juguetes! ¿Por qué no vienes tú también?

—¿Pero yo no puedo! ¡Les prometí al Hada y a mi papá que estudiaría!

—¿Haces mal, Pinocho! ¿Sabes cómo es el País de los Juguetes?

Allá no hay escuelas ni maestros. Tampoco hay libros, ni campanas, ni porteros. El jueves es feriado, y la semana está formada por seis jueves y un domingo. ¡Con decirte que las vacaciones comienzan el 1º de enero y terminan el 31 de diciembre! ¡Eso es lo que se llama un país civilizado!



Pinocho escuchaba con la boca abierta como un paraguas.

Para rematar su exposición, añadió Fosforito:

–Quédate aquí... Dentro de un rato vendrá el coche a buscarme...

–¿El coche? ¿Y con quién te irás? ¿Solo?

–¡Pero... cómo solo! ¡Seremos más de cien muchachos!

¡Dormiremos toda la noche y el resto del tiempo jugaremos y nos divertiremos! ¿Vienes o no vienes?

Pinocho, a decir verdad, estaba bastante convencido. Musitó:

–Pero... ¿y el Hada? ¿Qué va a decir?

–Nada... Rezongará un poquito, pero después se calmará –añadió Fosforito.

Mientras tanto, había anochecido y de pronto se vio una lucecita que se movía. Se oyeron sonidos de campanillas y un toque de corneta, tan leve y ahogado, que parecía el zumbido de un mosquito.

—¡Ahí vienen! —gritó Fosforito— ¿Te decides, sí o no?

—¿Pero de verdad que hay seis jueves y un domingo allí?

¿Y que no hay escuelas ni maestros?

—Pero sí... por supuesto... Además, ya el Hada debe haber advertido que no regresas...



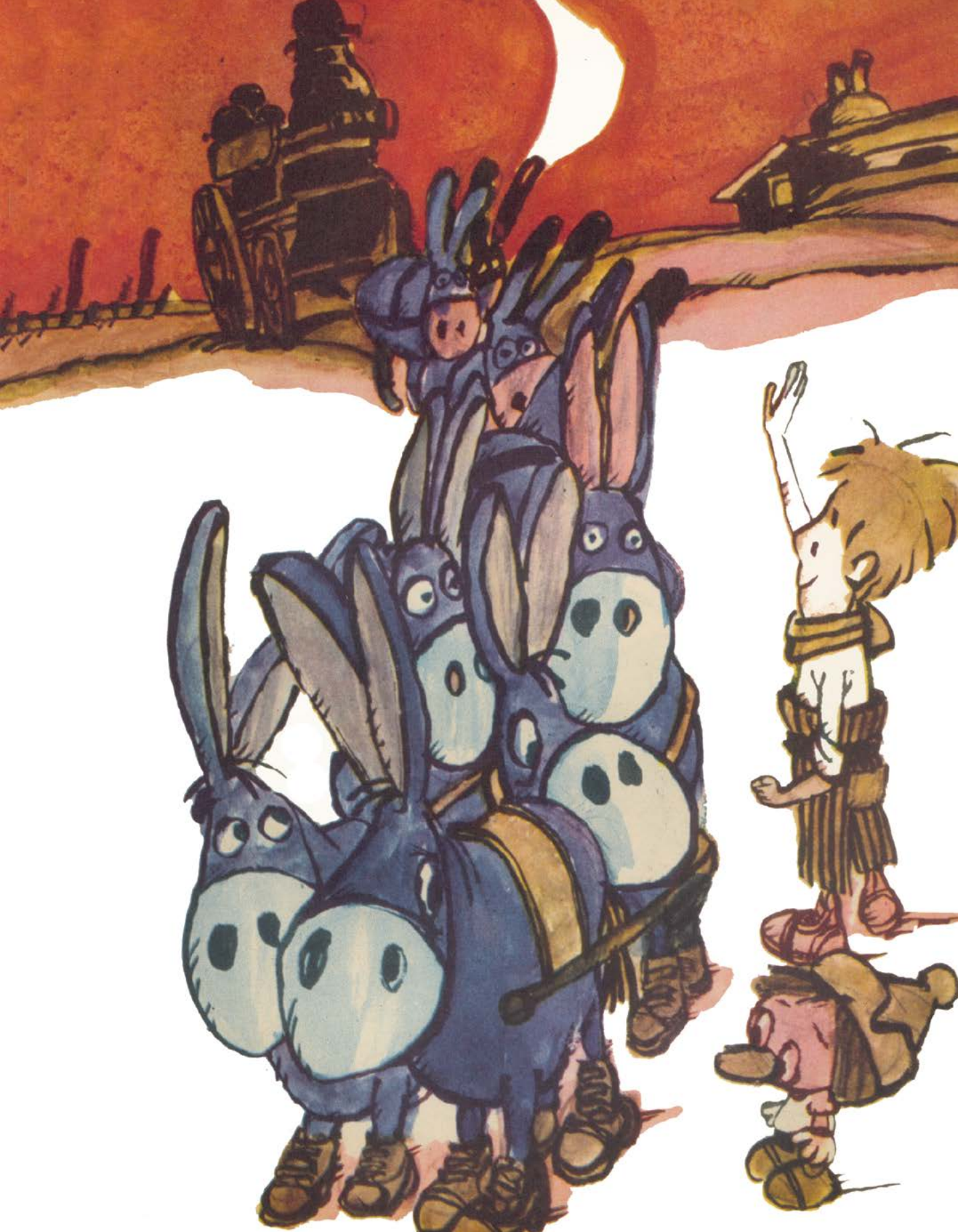
–Bueno... mañana le explicaré... –dijo Pinocho, ya casi sin remordimientos.

¡Por fin llegó el coche y sin hacer el menor ruido, porque llevaba las ruedas envueltas con pedazos de trapo! Tiraban del coche veinticuatro burritos, todos del mismo tamaño pero de distintos colores: rubios, oscuros, pelirrojos... ¡Y lo más curioso de ese conjunto era que los burritos, en vez de herraduras, usaban zapatos! Adentro había un montón de chicos más apeñuscados que las sardinas en su lata, pero Pinocho y Fosforito treparon de un salto, porque la sola idea de llegar pronto los entusiasmaba. Los muchachos, a medida que avanzaba el coche, se fueron quedando dormidos, pero Pinocho no podía cerrar los ojos.

–A lo mejor todavía puedo volver... ¡Tengo tantos planes para mañana! –alcanzó a pensar.

Pero el cochero, un caballero muy afable, inició una alegre canción y Pinocho se durmió soñando con ese país donde la palabra “aritmética” era desconocida.

Al amanecer llegaron al País de los Juguetes. ¿Quieren por un momento trasladarse hasta sus calles? Pero escuchen: este país no se parecía a ningún otro del mundo porque su población estaba totalmente compuesta por niños. Si alguien tenía catorce años ya parecía un viejo... Por todas partes había grupos de niños riéndose a carcajadas. Unos jugaban a la rayuela, otros a la pelota. Unos andaban en patines, otros en caballitos de madera: más allá giraban algunos a la gallina ciega y otros organizaban carreras, mientras los de este lado marchaban con las manos en la tierra y los pies en alto... Unos, vestidos de payasos, hacían pruebas con pelotas de colores;



otros, disfrazados de militares, llevaban unas condecoraciones formidables. Algunos recitaban, otros cantaban... Y ¿saben una cosa? ¡Todos reían tanto y gritaban tanto y recitaban tanto que había que ponerse algodones en los oídos para no quedarse sordos! Y por el camino de enfrente, una pandilla exhibía unos cartelones que decían: “Biban losju Jetes” y “Abajo larin Métrica”, en vez de “Vivan los Juguetes” y “Abajo la Aritmética”.

No bien habían llegado, ya Pinocho se había hecho amigo de la mitad de los niños y Fosforito de la otra mitad; se disfrazaron de indios, de cowboys, anduvieron en bicicleta...

En medio de tanta fiesta y tanta diversión, las horas, los días y las semanas pasaban como relámpagos. A veces, como un sueño, cruzaba por la mente de Pinocho el recuerdo del Hada y de su papá y enseguida se decía a sí mismo:

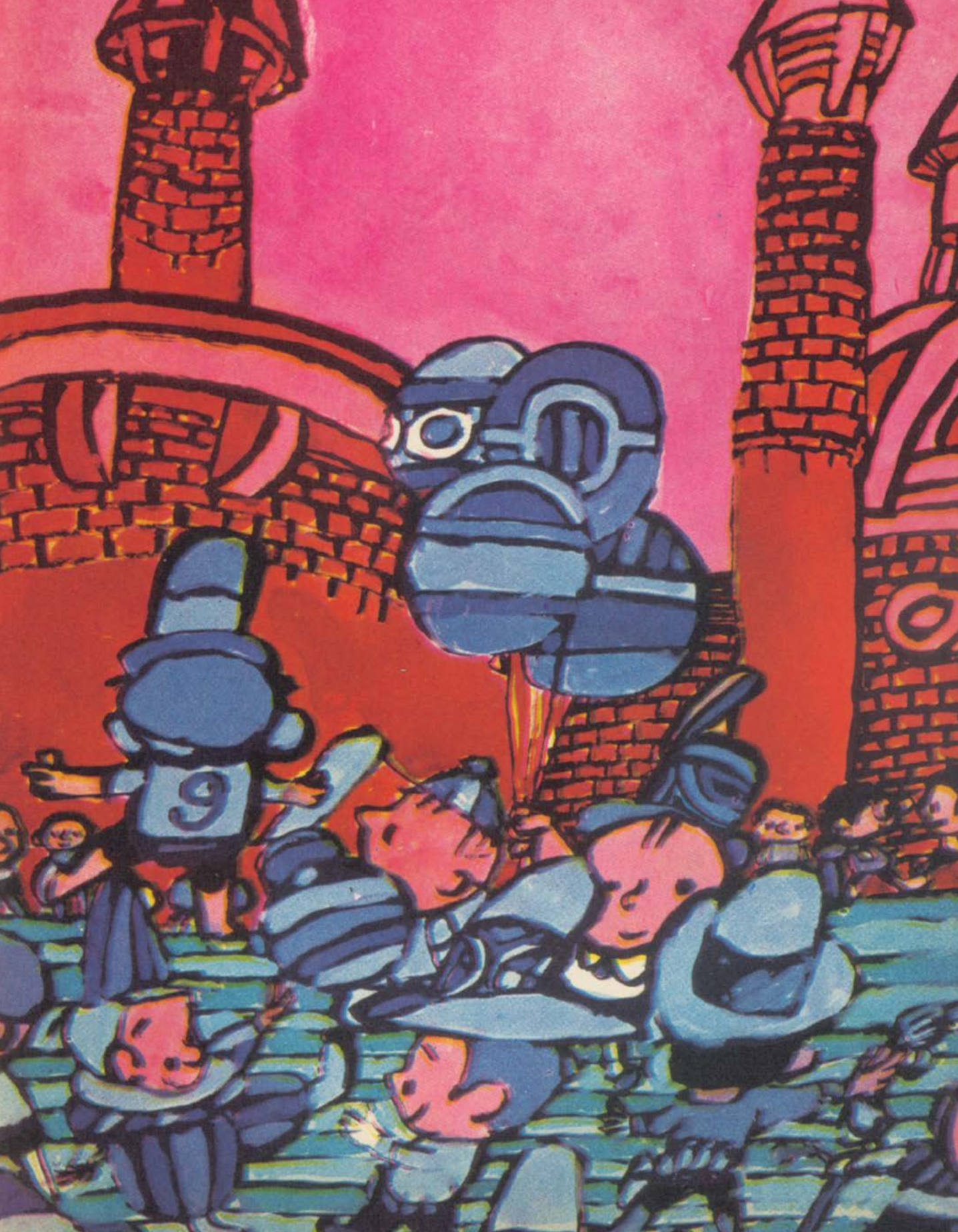
–Mañana sin falta, vuelvo.

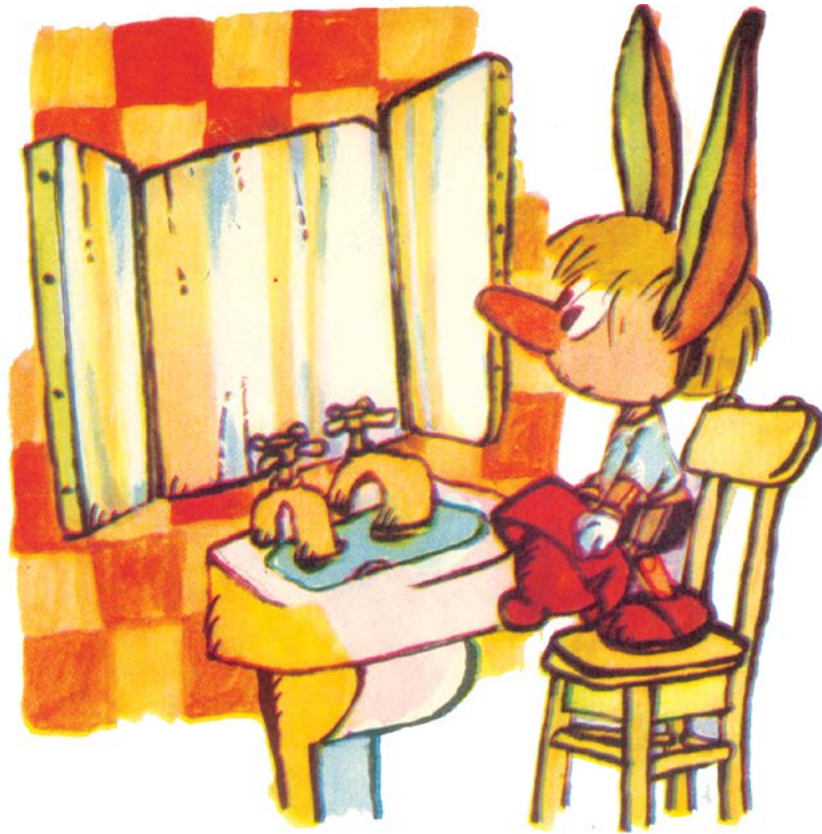
Pero “mañana” no existe en el País de los Juguetes. Todo es hoy, rabiosamente hoy, con calesitas, barcos en las fuentes y mil cosas que hacer. Por eso aquella mañana, Pinocho tuvo una sorpresa... Pero esto merece un párrafo aparte...

“Cuál fue esa sorpresa”, dirán ustedes.

La sorpresa fue que, cuando quiso rascarse la cabeza, tropezó con sus orejas, que le habían crecido como dos manubrios de bicicleta. De inmediato fue a mirarse en un espejo ¡y vio que sus orejas se habían transformado en unas lindas y sedosas orejas de burro, solo que las orejas de burro nunca son, en realidad, demasiado lindas!

–Seguramente esto es lo que se llama la enfermedad de los burros... Y eso les sucede a los chicos cuando se olvidan de los libros y de ir al colegio... Tarde o temprano terminan en burros. ¡Iré a verlo





a Fosforito y se lo contaré! ¡A lo mejor podemos hacer algo para irnos de aquí sin que progrese la enfermedad y nos convirtamos en burros del todo! –reflexionó muy afligido Pinocho.

Entonces se dio cuenta de algo. Que así, con esas orejotas de burro, nadie, absolutamente nadie, podría mirarlo sin reírse.

–¡Ya sé! ¡Me pondré un gran bonete de algodón, de modo que me llegue hasta la nariz y me tape las orejas!

Así arreglado, se fue en busca de Fosforito. Llamó a su puerta.

–¿Quién es? –preguntó Fosforito desde adentro.

–Soy yo –contestó Pinocho.

–Espera un poco y te abriré.

Media hora después se abrió la puerta. ¡Figúrense cómo se quedaría Pinocho al ver a su amigo con un alto gorro de algodón metido hasta las orejas!

—¿Cómo estás, querido Fosforito?

—Espléndidamente bien, como un ratón dentro de un queso parmesano.

—Me alegro...

Pero ¿por qué te has puesto en la cabeza ese bonete de algodón?

—Me lo recetó el médico porque me lastimé en esta rodilla. Y tú, querido Pinocho, ¿por qué llevas ese gorro de algodón metido hasta la nariz?

—Me lo recetó el médico porque me lastimé el pie.



Ambos amigos se miraron un poco tristes. Pero tomaron de nuevo coraje.

—¿Serías capaz de mostrarme tus orejas, Pinocho?

—¿Serías capaz de mostrarme tus orejas, Fosforito?

—¿Y qué te parece si nos las mostramos los dos al mismo tiempo?

La idea les pareció buena a ambos y contando ¡uno, dos, tres!, se sacaron el gorro.

¡Entonces aparecieron las tremendas orejotas de burro!

Verse y empezar a reírse fue todo uno. ¡Pinocho se reía de Fosforito y Fosforito se reía de Pinocho, y los dos se reían de verse tan absurdos! Hasta que, de pronto, en vez de las carcajadas, se oyó un sonoro, un rotundo ¡Hi-hooo! ¡Ho-hooo!

—¿Y eso? ¿No oíste un rebuzno? —preguntó Pinocho. Pero se tapó la boca porque casi se le escapa un “¡Hi-hooo!” fenomenal.

—No, me parece que no oí nada —mintió Fosforito, aguantándose la garganta que quería hacer docenas de “¡Hi-hooo!”, como hacen los burros que se respetan.

Resonaron entonces dos golpes en la puerta. Era el conductor del coche que tenía que decirles algo importante.

—¡Hola, muchachos! ¡Los felicito por esas orejas! —dijo con un buen humor del que no participaban los chicos.

Y como ellos siguieron callados, ahogando sus “¡Hi-hooo!”, añadió el conductor:

—Además, han rebuznado muy bien, los escuché. Ya es hora, pues, de que los lleve al mercado y los venda a alguien que quiera dos lindos burritos.

—¿Qué? ¿Nos convertiremos en burros del todo? ¿No podremos evitarlo? —se alarmaron Pinocho y Fosforito.





–Pero no serán capaces de hacerme eso... Yo los divertí por un tiempo, ahora tendrán que devolverme el dinero que invertí para educarlos y hacer que se reciban de burros. ¿Acaso alguno de ustedes se acuerda de cuál es la letra “o”?

Pinocho y Fosforito movieron tristemente la cabeza. No solo no recordaban la “o”, sino ni siquiera cómo se escribía “cero”.

–Además, ahora que se convertirán en burros, comerán paja seca, un manjar muy delicioso.

Fosforito y Pinocho no supieron qué decir de este futuro; muy a su pesar, fueron llevados por el hombre del coche hasta la feria y allí un señor con galera les miró los dientes, les midió las orejas, y exclamó encantado:

–¡Estos dos burritos me parecen simpatiquísimos. ¡Vendrán muy bien en mi espectáculo del circo! ¡Además, me gusta que sean un poco burritos y un poco niños! ¡Así el número será más sorprendente!

Haciendo mucho esfuerzo para no ponerse en cuatro patas, porque eso de comenzar a ser burro parece que tiene sus consecuencias y solo concluye siendo burro del todo, los chicos fueron conducidos hasta una carpa roja. –¡La semana que viene los presentaré como una función nueva! Aquí tienen paja limpia y una manta para taparse –dijo el señor de la galera.

Pinocho y Fosforito estaban muy preocupados porque actuar en un circo acaso fuera una gran cosa, pero a lo mejor se convertían en burros hechos y derechos, y así la cosa no valía.

–Tengo una idea... Si empezamos a estudiar esta misma noche, tal vez logremos recuperar nuestra risa y nuestras orejas... Y, al ver que somos dos niños, el dueño tendrá que soltarnos –propuso Pinocho.



–¡Ahora comprendo aquello de los burritos que tenían zapatos de niños! –recordó Fosforito, aludiendo a los asnos que tiraban del coche que los condujo al País de los Juguetes.

Esa noche no durmieron porque, en un rincón del pajar, encontraron un montón de libros viejos, que sin duda habían ido a parar allí por casualidad y porque nadie los leía.

–¡Pero nosotros sí los leeremos! –prometió Pinocho.

Lo primero que hicieron fue aprender a firmar y luego de escribir “pinoxxxo” y “fosforithgo”, a las seis horas sabían escribir bien sus nombres, la tabla del uno y la del dos.

Al día siguiente, se despertaron temprano y continuaron sus estudios y tenían tantas ganas de saber, que casi no comieron por aprender algo de historia y de geografía.

Cuando llegó el dueño les dijo, al verlos tan quietos:

–Muy bien, muchachos, descansen porque los presentaré la semana próxima. Así engordarán y tendrán más fuerzas. El número será simple: trotarán alrededor de la pista y cuando yo les pida: ¡Salten!, ustedes saltarán por un aro y caerán en una pileta. ¡Es un espectáculo que divierte mucho a la gente!

Ante esas perspectivas, Pinocho y Fosforito siguieron estudiando. De mañana, de tarde, de noche, solo se oía la voz de Pinocho que repetía:

–Dos por uno, dos; cinco por cuatro, veinte. El norte queda arriba, abajo el sur, el este para ahí, el oeste para el otro lado. Una isla es un pedazo de tierra rodeada de agua...

La mañana del séptimo día, Fosforito le dijo a Pinocho:

–Oye, Pinocho. Te noto muy raro... tus orejas... ¡tus orejas se han achicado! ¡Son como las de un chico cualquiera!

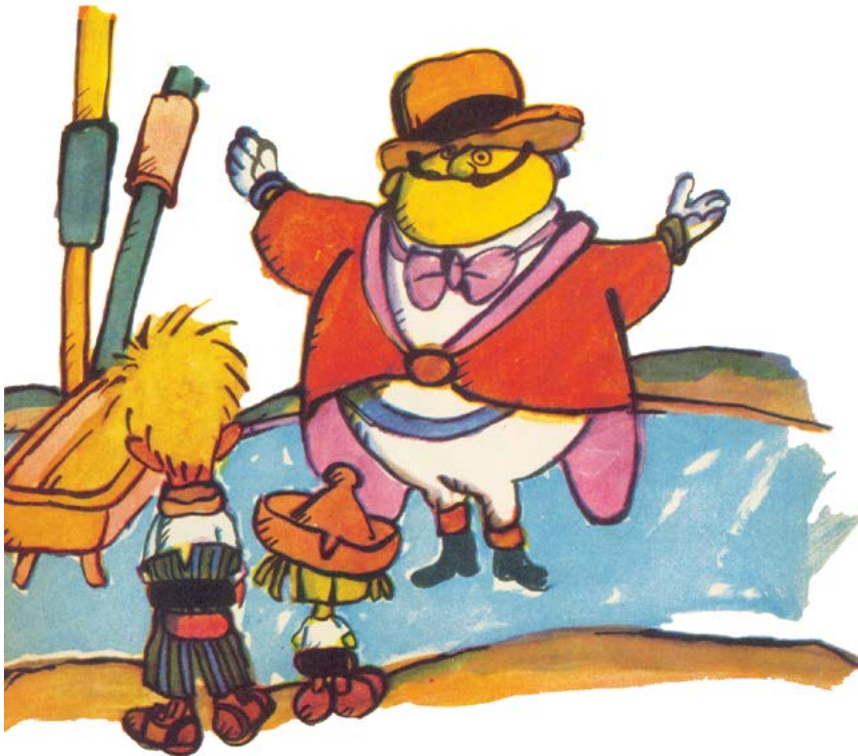


—¡Y las tuyas, también!

Se abrazaron y se rieron los dos amigos y por primera vez desde hacía semanas, ningún “¡Hi-hooo!” se escapó de sus gargantas. Además, sus piernas se enderezaron y, decididamente, ninguno tenía ganas de caminar en cuatro patas, como hacen los asnos. En ese momento, entró el dueño del circo.

—¡Hola, chicos! ¿No vieron por aquí a dos muchachos parecidos a ustedes, pero con orejas de burro y unos rebuznos divertidísimos? ¡Hoy tengo que presentarlos en público!

Pinocho y Fosforito negaron con la cabeza. Estaban tan limpios y tan bien peinados, que no se parecían en nada a los dos burritos que habían llegado allí unos días antes.



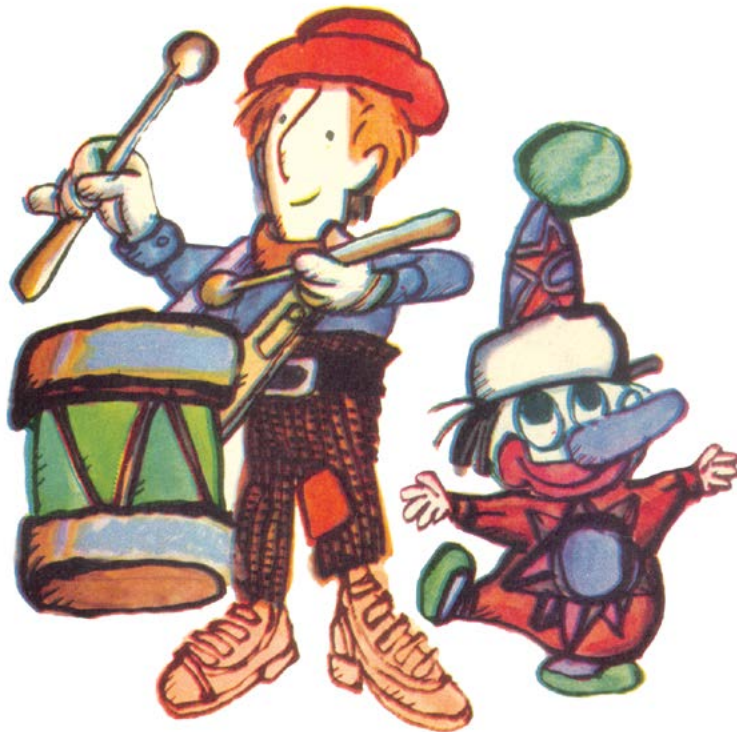
–¡Siempre me pasa lo mismo! ¡En cuanto pueden, se escapan! –se quejó el señor de la galera.

–Nosotros podemos ayudarlo a limpiar el circo y a cobrar las entradas, si quiere –propusieron los chicos, que querían agradecer lo bien que los había tratado ese hombre.

En efecto, barrieron, limpiaron, encendieron las luces, ayudaron a los payasos y tocaron el tambor a la entrada para llamar la atención de los chicos del pueblo.

Al anochecer, el dueño se acercó a felicitarlos. Y les dijo: –Ustedes podrían ser mis ayudantes. Necesito alguien que haga lo que ustedes hicieron.

Pero Pinocho, muy serio, respondió:



–Fosforito y yo tenemos que irnos de inmediato. ¡En casa nos esperan! ¡Hace tiempo que no saben de nosotros!

–Además, muy pronto llegarán los exámenes... y tenemos que pasar de grado –concluyó Fosforito.

Por eso, en cuanto pudieron, el muñeco y el chico colocaron en un paquete los regalos que les dio el señor de la galera.

¿Ven esos dos muchachos que corren muy apurados para llegar enseguida a su casa? ¿Esos a los que la Luna ilumina con cariño?

¡Uno se llama Pinocho y regresa a la casa del Hada Azul! ¡El otro es Fosforito! ¡De hoy en adelante, no volverán a escribir “sapatiya”, sino “zapatilla”.



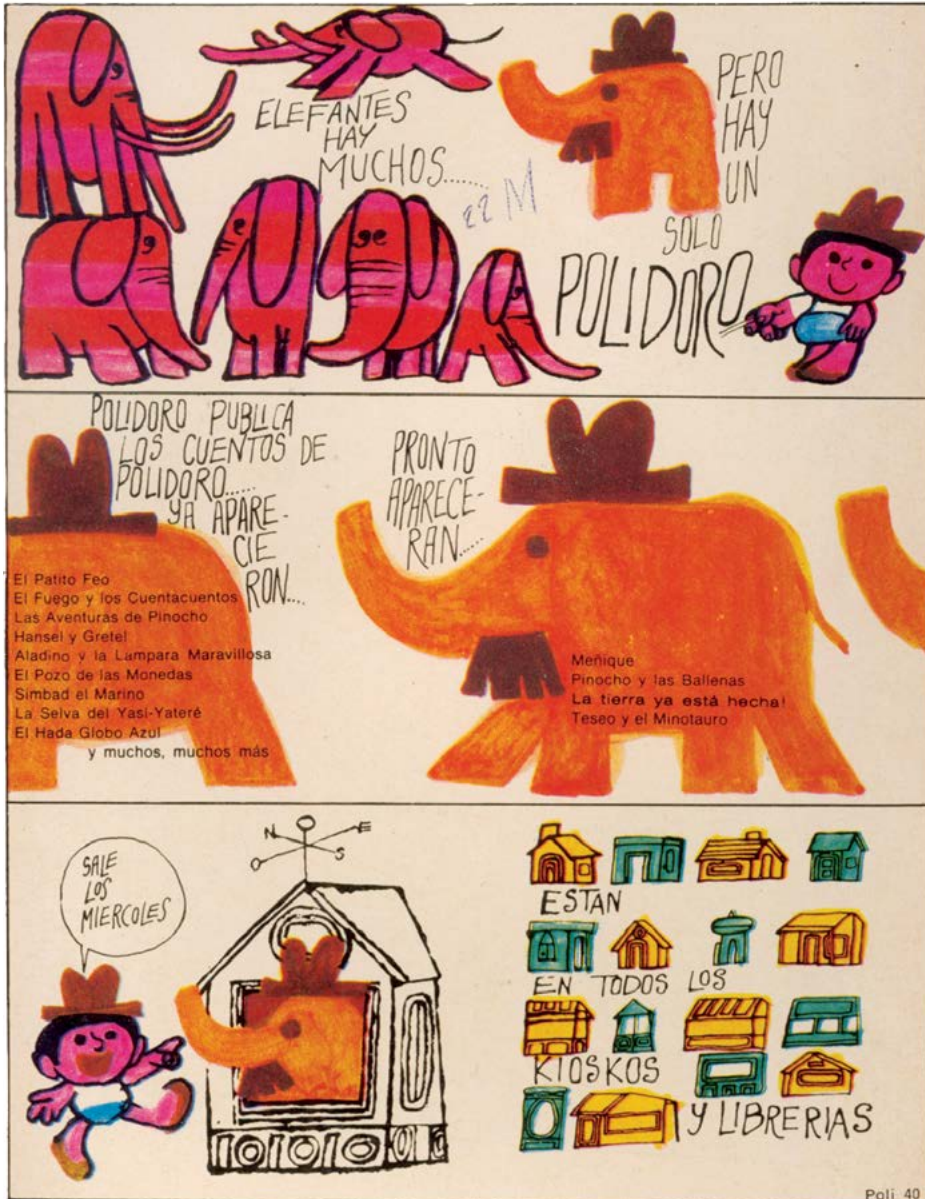
Más y más cuentos

Ulderico y el Rey	13
El carretero y Atlas	31
El príncipe que perdió la risa	45
El prestidigitador se va del circo	73
El ratón azul	91
Pinocho en el País de los Juguetes	117

Los cuentos de Polidoro

1. *Pulgarcita* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Ajax Barnes.
2. *El gigante y el viento* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Hermenegildo Sábat.
3. *El gato con botas* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Oscar Grillo.
4. *El patito feo* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Ajax Barnes.
5. *Juan y la planta de habas* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Hermenegildo Sábat.
6. *La bella durmiente* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Oscar Grillo.
7. *El soldadito de plomo* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Ajax Barnes.
8. *El viaje de los animales* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Hermenegildo Sábat.
9. *El ruiseñor* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Ajax Barnes.
10. *El traje del emperador* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Ajax Barnes.
11. *Capercucita Roja* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Oscar Grillo.
12. *La Cenicienta* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Oscar Grillo.
13. *Los tres deseos* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Oscar Grillo.
14. *La suerte del leñador* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Napoleón.
15. *Los músicos de Bremen* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Agi.
16. *Alí Babá y los 40 ladrones* Texto: Horacio Clemente / Ilustraciones: Napoleón.
17. *El sastrecillo valiente* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Agi.
18. *Aladino y la lámpara maravillosa* Texto: Horacio Clemente / Ilustraciones: Napoleón.
19. *El ganso de oro* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Agi.
20. *El fuego y los cuentacuentos* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Amalia Cernadas.
21. *Hansel y Gretel* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Agi.
22. *El pozo de las monedas* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Napoleón.
23. *Simbad el marino* Texto: Horacio Clemente / Ilustraciones: Napoleón.
24. *La bolsa encantada* Texto: Horacio Clemente / Ilustraciones: Napoleón.
25. *El cuento de la noche* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Amalia Cernadas.
26. *El caballo volador* Texto: Horacio Clemente / Ilustraciones: Napoleón.
27. *Brita y las nornas* Texto: Yalí / Ilustraciones: Chacha.
28. *El hada Globo Azul* Texto: Neli Garrido de Rodríguez / Ilustraciones: Alba Ponce.
29. *Los dioses campeones* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Amalia Cernadas.
30. *El espíritu del bosque* Texto: Yalí / Ilustraciones: Chacha.
31. *El príncipe sapito* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Agi.
32. *El príncipe que perdió la risa* Texto: Neli Garrido de Rodríguez / Ilustraciones: Alba Ponce.
33. *La selva del Yasí-Yateré* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Amalia Cernadas.
34. *El atado de heno* Texto: Yalí / Ilustraciones: Chacha.
35. *Las aventuras de Pinocho* Texto: Inés Malinow / Ilustraciones: Oscar Grillo.
36. *Pinocho, el gato y la zorra* Texto: Inés Malinow / Ilustraciones: Oscar Grillo.
37. *El árbol de la luna* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Amalia Cernadas.
38. *Pinocho y el hada azul* Texto: Inés Malinow / Ilustraciones: Oscar Grillo.

39. *El duende de la granja* Texto: Yalí / Ilustraciones: Chacha.
40. *Pinocho en el país de los juguetes* Texto: Inés Malinow / Ilustraciones: Oscar Grillo.
41. *La Tierra ya está hecha* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones: Ajax Barnes.
42. *Pinocho y la ballena* Texto: Inés Malinow / Ilustraciones: Oscar Grillo.
43. *Teseo y el minotauro* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones Ajax Barnes.
44. *Meñique* Texto: Beatriz Mosquera / Ilustraciones: Alba Ponce.
45. *En el país de los gigantes* Texto: Yalí / Ilustraciones: Chacha.
46. *La pajarita de papel* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ruth Varsavsky.
47. *Pandora* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones Ajax Barnes.
48. *La cigarra y la hormiga* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Marta Gaspar.
49. *Las aventuras de Ulises* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones: Ajax Barnes.
50. *El rey y el leopardo* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Marta Gaspar.
51. *La flecha mágica* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones: Ajax Barnes.
52. *U-Lan. El hombre de la luna* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ruth Varsavsky.
53. *Las trampas del Curupí* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ignacio Corbalán.
54. *El ratón azul* Texto: Aurelio Queirolo / Ilustraciones: Gioia Fiorentino.
55. *Las alas de Bolita* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ruth Varsavsky.
56. *La zorra y las uvas* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Marta Gaspar.
57. *El gigante Jacinto* Texto: Beatriz Mosquera / Ilustraciones: Alba Ponce.
58. *Bambú, el elefante negro* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ruth Varsavsky.
59. *El cumpleaños de la Tía Emilia* Texto: Aurelio Queirolo / Ilustraciones: Gioia Fiorentino.
60. *El tesoro de los incas* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ignacio Corbalán.
61. *La lechera y el cántaro* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Marta Gaspar.
62. *El castillo del sol* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ruth Varsavsky.
63. *La hija de la tierra* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ignacio Corbalán.
64. *El elefante triste* Texto: Aurelio Queirolo / Ilustraciones: Gioia Fiorentino.
65. *La tortuga y los patos* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Marta Gaspar.
66. *Anguyá el invisible* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ignacio Corbalán.
67. *Los mellizos de la Pachamama* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ignacio Corbalán.
68. *Los sueños de José* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Ajax Barnes.
69. *La rebelión de Marfisa* Texto: Aurelio Queirolo / Ilustraciones: Gioia Fiorentino.
70. *El viaje de Jonás* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Ajax Barnes.
71. *El mundo de Don Quijote* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones: Oscar Grillo.
72. *El arroyo cantarín* Texto: Aurelio Queirolo / Ilustraciones: Gioia Fiorentino.
73. *La descomunal batalla de Don Quijote* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones: Oscar Grillo.
74. *El gato Perejil* Texto: Beatriz Mosquera / Ilustraciones: Alba Ponce.
75. *El arca de Noé* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Ajax Barnes.
76. *Don Quijote, el Caballero de los Leones* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones: Oscar Grillo.



Pinocho en el País de los Juguetes
contratapa

1968

tomo
Nº

5

Ulderico y el Rey
El carretero y Atlas
El príncipe que perdió la risa
El prestidigitador se va del circo
El ratón azul
Pinocho en el País de los Juguetes



Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.